



LA  
**ILUSTRACION.**

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. Angel Fernandez de los Rios.

**TOMO IV.**

**ADORNADO CON 800 GRABADOS.**

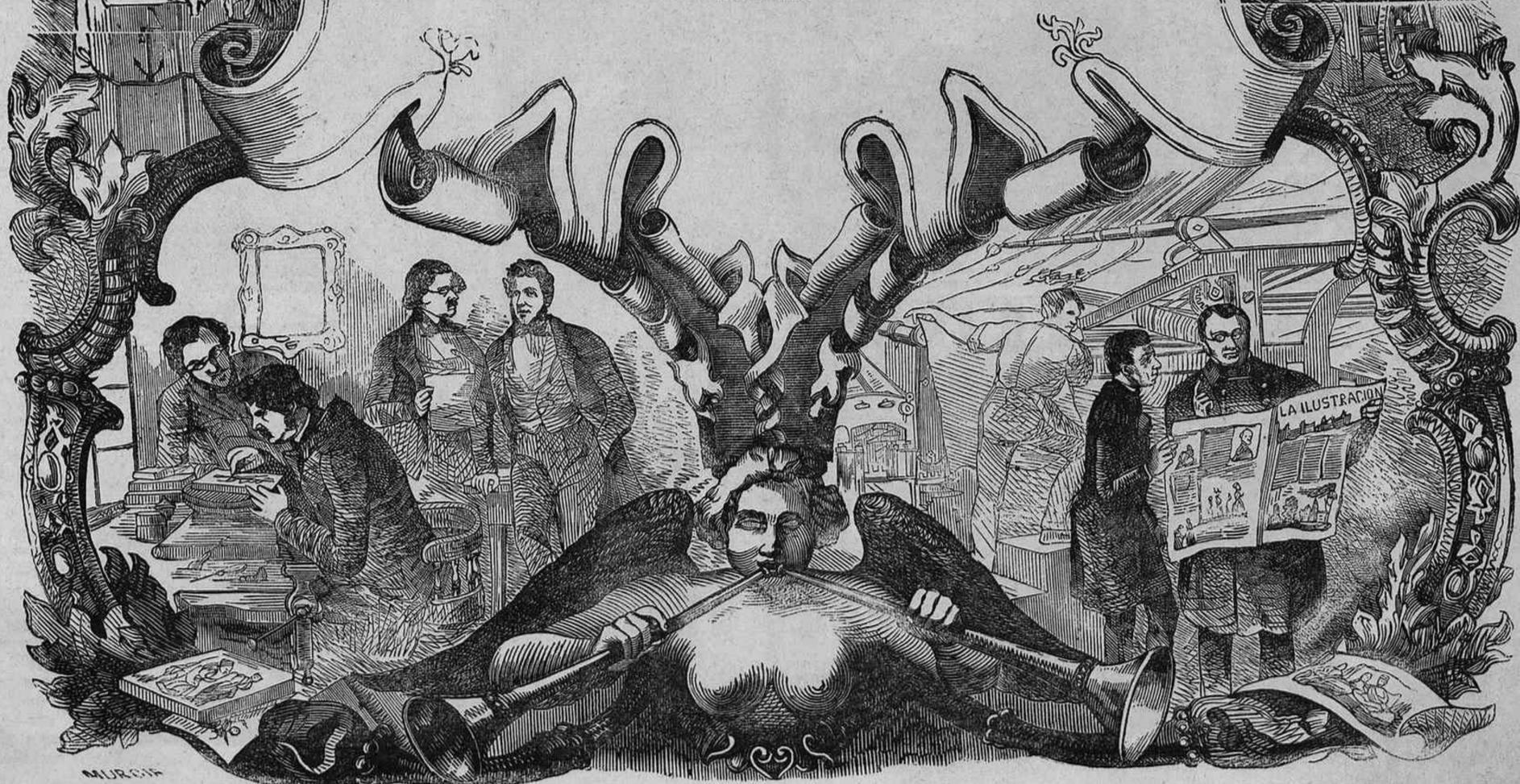
**1852.**

Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Setiembre,  
Octubre, Noviembre y Diciembre.

**MADRID.**

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION, A CARGO  
DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

M.DCCCLII.



MURCH



LA  
ILUSTRACION

DE LA  
TOMO IV  
ENCUENADO POR LOS CHARRAS

1852

Impreso en la imprenta de don Juan de Dios, en la calle de San Francisco, número 10, en la ciudad de México, el día 15 de Agosto de 1852.

IMPRESO EN

LA IMPRENTA DE DON JUAN DE DIOS, EN LA CALLE DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 10, EN LA CIUDAD DE MÉXICO.

MDCCLII



# LA ILUSTRACION.

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 8 rs.

NUM. 1.º—SÁBADO 3 DE ENERO DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.  
Ultramar y extranjero: Año 50.

## LA ILUSTRACION,

EL SEMANARIO, LA BIBLIOTECA UNIVERSAL Y LAS NOVEDADES,

OFRECEN Á USTEDES SU DOMICILIO,

Calle de Jacometrezo, número 26.

Dos veces por día, tres algunos, visitamos á la mayor parte de las personas que han tenido á bien entablar relaciones con nosotros, prestando su nombre para que figure en un gran libro que lleva en la primera hoja el título siguiente: *Suscriptores á las publicaciones políticas, literarias, científicas y de actualidad que damos á luz.* Cierto que nuestra visita no es personal, pero acaso siéndolo, improba y todo como era la tarea, tendríamos mas descanso que viéndonos

en la obligación de dejar puntualmente en cada habitación, en vez de una tarjeta, un papel impreso, siempre distinto, que acredite nuestra exactitud! Una vez aprendida la morada de aquellos estimables individuos, el amigo mas adicto ó mas interesado de la casa, el pariente mas cercano ó mas apegado á la familia, frecuenta menos el domicilio del suscriptor que nosotros, que todas las mañanas le dejamos, en prenda de nuestro recuerdo, un número de LAS NOVEDADES, y todas las tardes una entrega de la BIBLIOTECA UNIVERSAL; esto sin contar con que los lunes y viernes duplicamos las entregas de la BIBLIOTECA, y los sábados les llevamos LA ILUSTRACION, no descansando ni aun el domingo hasta haber-

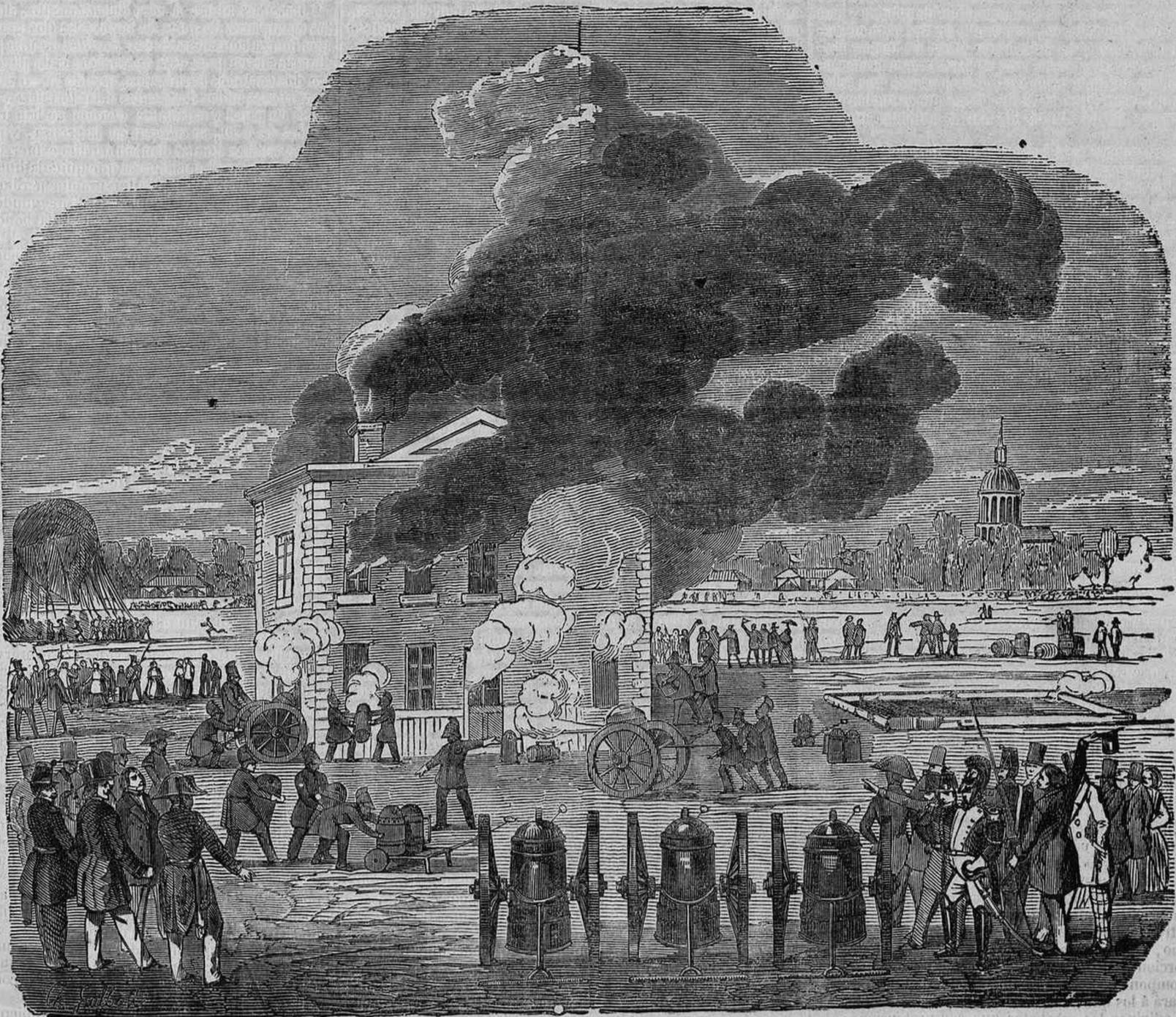
nos hecho presentes por medio del SEMANARIO PINTORESCO. Ahora bien, ¿se nos tachará de exigentes si en cambio de tantas idas y venidas aspiramos á la honra de que los visitados nos devuelvan á su vez las visitas, con una sola, á nuestra casa, que al paso les dé una idea de lo que bregamos antes de conseguir que llegue á sus manos el fruto defectuoso de nuestros trabajos? Creemos que no, y en esta confianza les abrimos las puertas de par en par y nos preparamos á recibirles con toda la consideración y aprecio que nos merecen, y á enterarles, en pocas palabras, de las principales operaciones, intelectuales ó materiales, á que contribuyen los redactores, los dibujantes, los grabadores y los impresores, obreros todos que necesitan poner su parte en la confección de esas publicaciones, que van cuotidianamente á distraer al suscriptor de sus trabajos y de sus pesares. Aquel que no se sienta animado á atravesar el umbral de nuestra casa, que pase de largo: nosotros, ni aun de ingrato le tacharemos con tal que

siga recibiéndonos bien en la suya: el lector á quien le parezca poco interesante la materia, que doble la hoja; pero que sea indulgente con lo que en lo sucesivo le presentemos, aunque no se entere de la lucha que por complacerle sostenemos.

Nos hallamos en una de las calles mas céntricas, mas estrechas, mas tortuosas y mas frecuentadas de la coronada villa; en la de Jacometrezo, mirando á la casa núm. 26, que tenemos la honra de ofrecer al lector por duplicado; es decir, la casa real y efectiva y la casa dibujada, que ha de servir para mejor inteligencia de nuestras esplicaciones. El edificio es antiguo, la fachada tiene poco frente; pero por el fondo se estiende hasta lindar, á la izquierda, con la casa núm. 4 de la calle del Olivo; por el fondo, con la que en la del Desengaño da frente á la del Barco, y por la derecha hasta la misma calle del Carbon, en cuya casa núm. 3 hemos tenido que penetrar; es decir, que nuestros dominios se internan por el centro de la manzana, estendiendo sus ramificaciones en todos sentidos, formando una cruz.

Dos puertas, como ve el lector, se dividen la fachada en la planta baja; la de la izquierda, es el ingreso á las oficinas y á todas las dependencias del establecimiento; la de la derecha, la entrada al Centro de suscripciones y almacenes de papel para imprimir.

Levantemos la vista, y observemos que, cuando como por encanto ha desaparecido en el grabado la pared que da á la calle, para permitir que se vea sin estorbo la distribución exterior de la casa, queda, sin embargo, en el piso principal, un trozo de fachada señalado por un balcon que impide escurrir el departamento á que corresponde; es el gabinete de trabajo del Director y propietario del establecimiento, que no tiene



Experimento hecho en París de un procedimiento nuevo para apagar los incendios

tiempo ni humor para permitir que se haga una exhibición de aquella cárcel suya, en que pasa todo el día y con harta frecuencia toda la noche también, trabajando para imprimir una marcha determinada á sus publicaciones, recorriendo con la vista legajos disformes de artículos y obras de todos géneros, y ¡oh suplicio espantoso! hojeando resmas enteras de papel que de todos los rincones de España vienen como una plaga á caer en sus manos, manchadas con renglones desiguales de varias dimensiones, y escritas á manera y con pretensiones de versos. Este aluvión de original no le evita escribir cien cartas, una advirtiéndole á un autor que se olvida de que están parados los cajistas de tal sección de la BIBLIOTECA; recordando á otro que no hay todavía una cuartilla de la continuación de una novela que debe salir en el SEMANARIO próximo, á pesar de que la epístola de apremio lleva la fecha del jueves; encargando á un dibujante un grabado de actualidad para LA ILUSTRACION; notificando á un grabador que la lámina en que trabaja hace falta en el momento, etc., etc. Entre tanto un aprendiz pone sobre la mesa del apremiante un paquete de pruebas, que deben repararse inmediatamente, porque solo quedan minutos para empezar la tirada; un cajista le pide 25 líneas, ni una mas ni una menos, para completar una plana de LA ILUSTRACION, ó le advierte que sobran 100 de un artículo, y esto en los momentos en que el número está para entrar en prensa; el autor de un escrito viene lamentándose de que se corte, y el de otro de que no se divida en dos partes; cada uno trae en la mano un pliego de los que están tirando, y el interpelado al tender maquinalmente la vista por aquellos trozos de papel, viene á fijarla sobre una línea en que se lee el inmortal Cervantes, porque los cajistas se han comido la *t* que debía haber después de la *r*; por contestación á la demanda de original para la BIBLIOTECA, le dicen que la persona que debía suministrarle se ha ido de caza por quince días; un prensista sube con la lámina primera del SEMANARIO, destinado á repartirse al día siguiente, que acaba de abrirse en la prensa; y veinte amigos interponen su influjo y el de otras veinte personas, para comprometerle á que examine y diga lo que le parezca, es decir, que es sublime, de un nuevo tomo de poesías; para que anuncie la llegada de una bailarina ó de un cantante; para que escriba una gaceta llamando la atención de la autoridad hacia un aprendiz de violin, que vive *vis á vis* del denunciante, ó hacia un capitán de caballería que hace telegramas á la mujer de don Cornelio; para que diga que N está traduciendo un vaudeville; que H está acabando un soneto; que el marqués de X se ha muerto; que no se anuncie que ha muerto el marqués de Y para no causar sorpresa á la familia que vive en provincias; que se elame contra tal disposición tomada por el gobierno; que se diga algo sobre lo bien recibida que ha sido la tal disposición: en medio de estos ruegos impertinentes y contradictorios, y en los momentos en que es preciso resolver instantáneamente todas aquellas dificultades y otras infinitas, el correo ha traído cien cartas de correspondientes y suscritores, y el gabinete se ha ido llenando de visitantes, muchos de ellos importunos, que á pretexto de asuntos urgentes y de cuantía se han metido de rondón y han tomado tranquilamente asiento, esperando su vez para entregar un manuscrito que cada interesado juzga de mayor importancia que los otros, y desea que se inserte con preferencia, ó para referir con una prolijidad desesperante una relación de ningún interés, que la víctima tiene que escuchar con paciencia, porque no es dueño de dar á entender que se agote jamás.

Pero demos tregua á esta lastimosa relación de las infinitas plagas que abruman á toda persona verdaderamente consagrada á dirigir un establecimiento literario, aunque no tenga proporciones tan colosales como el nuestro, y fijémonos en el espacio de 24 horas, para mejor inteligencia de las operaciones cotidianas de esta complicadísima fábrica de libros y de periódicos. Supongamos, y pluguiese á Dios que esto pasase siempre de suposición, que el director tiene prontas las 1,000 cuartillas que diariamente necesita, cuando menos, para satisfacer su voracidad el monstruo tipográfico, que así se traga indistintamente los capítulos de *Historia* y de *Biblia* y las novedades políticas de España y del extranjero, como las novelas, los tratados de legislación y los artículos de literatura y artes, mezclados con las gacetas y las obras de medicina.

Son las siete de la mañana, y cuando dan punto á sus trabajos los operarios que han necesitado velar toda la noche, empieza á entrar la numerosa falange de oficiales y aprendices, en las principales secciones de la imprenta, en las *cajas* y en las *máquinas* y *prentas*. Ya tenemos reunidos en los salones de composición (véase el grabado del piso principal) cerca de 100 hombres que solo esperan *original*; el regente de la sección encargado de cada periódico ó de cada serie de la BIBLIOTECA, recibe de mano del director de la imprenta un paquete de *cuartillas* que distribuye entre los oficiales y aprendices. Aunque habrá muchos que conozcan el mecanismo de la tipografía, en obsequio á los que no se hallen en este caso, vamos á explicarle en pocas palabras.

Sabiendo es que cada cajista tiene delante una *caja* subdividida en tantos *cajetines* como letras cuenta el alfabeto, con mas los necesarios para contener las mayúsculas ó versales, las versalitas, las cursivas, las acentuadas, los signos ortográficos y los números; todas estas divisiones están llenas de piecitas de plomo que en un extremo muestran de relieve el signo correspondiente: el cajista tiene constantemente fija la vista en el manuscrito, y sus manos conocen tan bien los sitios en que se encuentran todas las letras del abecedario, los puntos, las comas, los espacios etc., que las va colocando maquinalmente y equivocándose muy rara vez, en un instrumento de bronce llamado *componedor*, que reuniendo las palabras, marca la medida de las líneas que se tratan de formar. Hemos leído un cálculo curioso que supone que durante 300 días de trabajo, recorre el cajista con la mano un espacio de 6.928,933 piés, que hacen cerca de 600 leguas, es decir, poco mas ó menos la distancia que hay de Madrid á Constantinopla; cualquiera que sea la exactitud de este aserto, nuestros lectores comprenderán que no se descuidará aquel operario, cuando sepan que recibe el precio de su trabajo á proporción de los millares de letras ó de los cientos de líneas que compone, y conocerán también cuán poco reconocido quedará á los que, como el autor de estos renglones, necesita que adivinen los garabatos que con pretensiones de palabras someten á la interpretación del cajista.

Reunido cierto número de líneas que del componedor se trasladan á una tabla cuadrilonga guarnecida de listones por tres de sus costados, tabla que se designa con el nombre de *galera*, forma lo que se llama un *paquete*, el cual se ata horizontalmente con una cuerda; sobre este paquete se pasa un *rodillo* de cola y melaza fundida, impregnado de tinta, y se aplica un papel húmedo que á una ligera presión produce una prueba, en la cual los *correctores* y el autor de lo compuesto, señalan uno en pos de otro las faltas tipográficas y gramaticales, y éste último hace las variantes oportunas: corregidas estas *erratas* en el paquete, y reunidos varios de ellos, el oficial encargado del *ajuste* empieza á formar con ellos *páginas*, según el orden trazado para la publicación que está á su cargo, colocando los grabados en los sitios marcados en el original, que á veces no pueden guardar una relación lógica con el texto. Si el grabador no ha entregado alguna lámina, ha enviado en un papel la medida, y el hueco que resulta está lleno con *cuadrados* de metal. Una vez concluido el ajuste de una entrega ó de un número, se sacan nuevamente pruebas de cada plana, que son revisadas otra vez por los correctores y por el autor, y sirven para enmendar segunda vez los moldes.

Concluida esta operación, se pasa á *imponer* todas las páginas de que ha de constar el pliego que se va á imprimir, en una *rama*, es decir, en un marco de hierro, al cual se justifican con una exactitud matemática, por medio de *cuadrados* y de *cuñas*. Hecho esto, ya está la *forma* dispuesta para la impresión, y baja al salón de prensas (véase la gran lámina del suplemento): en este local, situado en el piso bajo interior del edificio, entrega el oficial la forma al maquinista ó al prensista, según que haya de imprimirse en prensa ó en máquina.

Supóngase lo primero. Por poca idea que tengan nuestros lectores de lo que eran aquellas antiguas prensas de madera, de que sin embargo han salido tan bellos libros, comprenderá, viendo las de hierro, que son las cuatro que aparecen á la derecha del grabado y la que está en primer término á la izquierda, los adelantos que se han ido haciendo hasta conseguir una fuerza tan suave y tan bien calculada, una presión tan igual y tan grande, como las que ofrecen estas prensas. El oficial coloca la forma sobre el plano de la suya, que se llama *platina*; y previas varias operaciones minuciosas para hacer el *arreglo*, cuya relación molestaria al lector, dispuesto ya el *papel* un poco húmedo, empieza á imprimirle colocando el pliego en una especie de bastidor (*el timpano*) forrado de seda y defendido por la parte que ha de caer sobre el *molde*, por otro bastidor (*la frasqueta*), que impide que se manche el papel por las márgenes: otro operario toma con un rodillo tinta sobre una mesa y la distribuye en el *molde*; hecho esto, el que ha puesto el papel deja caer el timpano sobre el molde, por medio de un manubrio que imprime un movimiento de vaiven á la platina en que se halla, la introduce bajo el cuadro, y á un movimiento de la barra, el tórculo ejerce la presión y deja estampadas las letras en el papel, que tiene que imprimirse todavía por el anverso, en otra prensa en que se halla el molde correspondiente al lado opuesto.

Pero supongamos que la forma no va á la prensa á brazo, sino á las máquinas, y lo que es comun á todas nuestras publicaciones, que el texto está mezclado con viñetas, pues esta es una de las ventajas que el grabado en madera lleva al en talla dulce; el molde se coloca en la platina de la máquina como en la de las prensas; y una vez asegurada, es preciso empezar una operación delicada, comun también á las prensas cuando se trata de estampar grabados; la del *arreglo*.

Para dar entonación al grabado en madera, se necesita una larga preparación; sin ella, la lámina mas concluida aparecería á los ojos de nuestros suscritores como un borron informe. El grabador en madera no tiene los mismos recursos que el grabador en cobre ó en acero; no puede producir con su buril mas que blancos y negros uniformes, jamás medias tintas.

Y ya que del grabado en madera se trata, ofreceremos á nuestros lectores algunas noticias generales de este arte.

Un trozo de boj bien seco, cortado horizontalmente, formando un cuadrado perfectamente plano y liso por la superficie, á escuadra y de la altura de la letra de imprenta, ligeramente bañado con una preparación de albayalde y goma, sirve al dibujante para trazar en él con lápiz de plomo, como sobre un papel, la imagen que se trata de grabar. Aprobado el *dibujo* pasa á manos de un grabador, cuyo trabajo consiste en sacar con *buriles* de diferentes dimensiones y formas, que se emplean según que se trata de *rayar*, de hacer *crusados* ó de *vaciár* todas las partes del dibujo que en la *estampación* han de resultar blancas, dejando en relieve lo que ha de aparecer negro. En los casos en que el dibujo corre mucha prisa, se corta en diferentes trozos, que se encargan á varios grabadores, y se unen nuevamente después de concluidos por medio de largos tornillos á otros. Desgraciadamente en España, por razones que no son de este lugar, cada grabador trabaja aisladamente, ó cuando mas, ayudado de algunos aprendices; no hay todavía, ni le habrá probablemente, como una empresa del género de la nuestra no le organice, un taller de grabado en grande, en el que varios artistas inteligentes trabajen bajo la dirección de una sola persona, que conociendo la especialidad de cada cual, haga que las láminas pasen por mano de todos, para que uno, por ejemplo, *raye los cielos*, otro *pique los árboles*, otro *grave las carnes* y los *paños*, otro *haga los terrenos*, etc., etc., y que dé en fin la última mano á la obra, retocándola escrupulosamente. Este sistema, planteado generalmente en el extranjero, no solo facilita la perfección de los grabados, sino que buscando en cada individualidad aquello para que es mas apta y mas espedita, abrevia extraordinariamente los trabajos, y hace posibles esas grandes láminas, cuya oportunidad admiramos en los periódicos pintorescos, y á las cuales tenemos en España que renunciar con harta frecuencia.

Volviendo ahora á la estampación, diremos que para dar cierta entonación á un grabado, es preciso graduar convenientemente la presión que ha de recibir cada detalle de él: este es el cargo del prensista ó del maquinista; cargo pesado, enojosísimo y difícil. La primera operación es poner á nivel exacto, por medio de alzas, los grabados y los *caracteres*;

luego, sobre una cartulina, se saca una prueba que se trata de imprimir, y con la ayuda de un cortante, se van rebajando sobre la cartulina, no deben salir completamente negras, gradúase se quite el mayor ó menor color que debe tener este trabajo, el carton correspondiente á cada grabado sólidamente á la parte del timpano de la prensa ó á la *trayectoria* de la máquina que oprime el papel sobre el grabado; fácilmente se concibe que una lámina que corresponde con exactitud á un carton recortado gradualmente, recibirá una presión mas ó menos fuerte, y por lo tanto tomará tintas mas ó menos vivas, según que la cartulina ha sido mas ó menos profundamente recortada. Sucede con harta frecuencia que este trabajo no es suficiente, y es preciso por espacio de horas enteras ocuparse en ir pegando pedazos de papel sobre los puntos de la cartulina que no tienen bastante relieve, y rebajar los que tienen demasiado.

Demos por concluido el arreglo en todas las máquinas; ya se han subido los primeros pliegos para comprobar con las pruebas de planas que se sacaron hecho el ajuste, y han vuelto á bajar con el *imprimase*; á una señal las máquinas se ponen en movimiento por medio de un motor que, por un sistema de ruedas y barras de hierro en relación con una gran rueda dentada que, asegurada á un árbol, de hierro también como la rueda, ejerce su acción sobre todas las máquinas á un tiempo, á impulso de fuertes correas que tienden de las ruedas á las máquinas, y se halla dispuesto para ser movido por el vapor ó por dos caballerías, que de dos en dos horas se relevan por otras dos. Aunque el movimiento es uniforme y general, el *marcador* de cada máquina puede á voluntad parar la suya en un momento necesario sin que las demás se detengan, con solo levantar un barrón de hierro que tiene junto á su mano; y que hace salir la correa de la rueda á que está sujeta, para pasar á otra rueda loca que da vueltas sin resultado. Un *giro* del cilindro produce en cada máquina un pliego impreso, sin que nadie le toque mas que para presentarle y recogerle; y mientras en una hora una prensa á brazo tira por una sola cara 200 pliegos de la ENCICLOPEDIA DE HISTORIA NATURAL ó del SEMANARIO, una máquina arroja 900 ILUSTRACIONES ó entregas completas de la BIBLIOTECA, impresas por ambos lados. Consagremos algunas palabras de reconocimiento al inventor de estos poderosísimos elementos de civilización, que tanta parte han de tener en la mejora social, y que son realmente el complemento de la invención de Gutenberg, el vehículo mas poderoso de la ilustración y del progreso. Sin esta admirable invención, ¿cómo podríamos ofrecer las publicaciones que damos á luz con condiciones tan halagüeñas para el lector? ¿Cómo podríamos ni aun servir á alto precio una suscripción numerosa? Y no pudiendo hacer nada de esto, ¿cómo nuestras obras y periódicos, mejores ó peores, pero de alguna utilidad sin duda alguna, hubieran logrado propagarse tanto por toda España, y habrían contribuido tan poderosamente á esparcir hasta en los rincones mas apartados del país el gusto y hasta la necesidad de la lectura?

Pasemos ahora á otro departamento, donde se *satinan* los ejemplares después de impresos: dos grandes prensas de una fuerza considerable con *husillos* de una potencia extraordinaria sirven para esta operación; cada pliego se coloca entre dos cartones barnizados, que de 50 en 50 son amparados por gruesas tablas destinadas á dar fortaleza y unidad á aquella masa de papel y cartones; cuando se han reunido 20 ó 30 tandas de á 50, se colocan en la prensa, y por medio de algunas vueltas que se dan sin mucho esfuerzo, quedan sometidos á una presión poderosa que quita la huella de la impresión y devuelve al papel la tersura que perdió en la humedad.

De aquí suben los ejemplares al piso segundo, donde esperan los repartidores, y adonde tendrá la bondad de acompañarnos el paciente lector. Entremos en el taller del plegado y del cierre. (Véanse los dos rompimientos que aparecen en la lámina en el fondo del piso segundo.) Quince hombres se apoderan de los ejemplares para doblarlos, entregando los necesarios al reparto de Madrid y disponer los del servicio de provincias, que es preciso cerrar con toda velocidad, porque se trata de poner fajas á los pliegos que componen 30 y 40 arboas de papel que salen en un día de Madrid, y esta operación ha de hacerse desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, dejando tiempo para arreglarlos por cajas y carreras, y para pasar, después de cerrados, una lista individual de los suscritores. De tres á cuatro los mozos hacen con un carrito varios viajes para llevar el papel á la administración central de correos, cuyos empleados todavía tienen que ocuparse en sellar todos los sobres y formar paquetes, y los individuos del taller del plegado en arreglar los ejemplares sobrantes que han de entrar en los almacenes.

Ya que estamos en el piso segundo, echemos una ojeada por el salón que se vé en el grabado en primer término; allí están las oficinas de la administración y la intervención: á este punto vienen á parar los pedidos de los correspondientes y las peticiones contradictorias de los suscritores, de los cuales la mitad recomienda encarecidamente que no pensemos en imprimir; allí se contesta á todos y se forman é intervienen las cuentas; allí van á parar las quejas que dan los suscritores ocasionadas por negligencia de los repartidores, y las reclamaciones que hacen los lectores de provincias, muchas veces porque en las administraciones de correos los hay que no constan en nuestra lista de abonados; allí por último se hacen los sobres manuscritos del correo diario, y se imprimen por medio de un sencillo mecanismo, los que necesita el suscriptor en el tiempo que comprende su abono.

En la parte interior del mismo piso está el punto donde van á parar las noticias de los cambios de ministerio, las de candidatos á altos puestos, la relativa á debates parlamentarios, la historia de acontecimientos de influencia política, y las impertinencias de esos individuos que tienen por costumbre creerse aludidos de todo lo que se escribe, aunque no los alcance ni á cien leguas; ya comprenderán nuestros lectores que se trata de la redacción de LAS NOVEDADES, periódico político, parte, aunque humilde, de eso que llaman cuarto poder del estado, posición que se adquiere por la suma de 120,000 rs. de vn., y la expectativa de algunas multas, con mas la pérdida de la libertad individual.

Todas estas secciones del establecimiento, todos estos elementos eterogéneos, de cuya difícil combinación pende el

que aparezcan esas publicaciones que el lector recibe con indiferencia, sin sospechar siquiera el número inmenso de personas que han contribuido á confeccionarlas, continúan en acción hasta las ocho de la noche, en que dos terceras partes de los operarios van á descansar de sus trabajos. Las tareas del día han concluido; pero empiezan las de la noche; la redacción de LAS NOVEDADES se ocupa del número que debe aparecer á la mañana siguiente, y cuyo original va recibiendo, á medida que se escribe, una sección de cajistas; otra sección trabaja también frecuentemente toda la noche en la BIBLIOTECA; las máquinas siguen funcionando para acabar de imprimir las entregas que empezaron á tirarse por la mañana, y que han de repartirse al otro día; los operarios encargados del plegado y cierre velan por turno, y las oficinas practican los asientos correspondientes á la suscripción y avisos llegados por el correo, y hacen la liquidación del movimiento de la casa en el día. Tan diversas dependencias, que muy pronto estarán iluminadas por el gas, y se hallarán en relación inmediata por medio de un conductor acústico que trae y lleva un aviso á grandes distancias, aunque se hable bajo; tan diversas dependencias, decimos, en las cuales los detalles, exigentes todos, y las dificultades, siempre del momento, se multiplican sin saber cómo, exigen una organización complicadísima, que no por muy estudiada y escrupulosa basta á veces á evitar tal ó cual retraso ó defecto en el servicio, que solo una vigilancia constante puede remediar á tiempo.

En las altas horas de la noche, cuando todo el mundo se retira á gozar del reposo, en tanto que el suscriptor duerme tranquilamente para no levantarse hasta la hora en que, abrigado en su bata, embutidos los pies en desahogadas pantuflas y descansando cómodamente en una butaca recibe el calor de la chimenea juntamente con el desayuno, el papel impreso, húmedo todavía, que viene á darle los buenos días y á someterse á su censura, la persona encargada de dirigir todas las ruedas de esta complicada fábrica de productos intelectuales, vuelve á su prisión, y tiene que secarse los ojos escribiendo cartas para combinar los trabajos literarios y artísticos, confeccionando números y entregas, marcando el orden de grabados, calculando y discutiendo medios de presentar novedades al suscriptor (que en tanto duerme á pierna suelta) y cazando erratas, plaga y tormento de todo el que escribe, hasta que el sol viene á alumbrar su gabinete, sorprendiéndole en su afán, y anunciándole que sin concluir la de la víspera empieza la tarea del día siguiente, que para él es solo una continuación no interrumpida del anterior, un presente, sin línea divisoria que le separe de lo pasado, pero que para las demás es una nueva fecha en la cual se creen autorizados para repetir las preguntas y las exigencias de otras veces.

Antes de terminar esta sumaria relación, que al lector le parecerá sin embargo prolija, agruparemos algunos datos tal vez curiosos.

Aunque hasta fines de octubre el establecimiento no ha contado con el completo de máquinas de que hoy dispone, y ha tenido que luchar con una escasez de papel de que ningún año había habido ejemplo en España, resulta que en el de 1851 ha impreso la materia de 302 volúmenes en octavo, con 2,508 grabados, todos nuevos, ninguno repetido; habiendo tirado 10,970 resmas de papel. En el año que acaba de finar ha publicado producciones de 72 escritores españoles contemporáneos, y ha reimpresso varias de autores clásicos; ha dado ocupación á 13 traductores, 207 operarios y empleados, y ha estado en correspondencia con 1,458 comisionados. Nuestros suscriptores, en vista de estas cifras, llevarán su benevolencia todavía más adelante que hasta aquí, porque conocerán sin dificultad lo árdua que es la empresa de dar á luz en una sola casa tantas publicaciones, que cada una por sí sola bastaría casi para dar ocupación á un establecimiento literario, y lo espuesto que es también incurrir en faltas muchas veces inevitables.

Un original que se retarda, una corrección de pruebas pesada, un dibujo que no está á tiempo, ó que estándolo no puede publicarse, un grabado que no da buen resultado, una forma que se rompe y empastela, una lámina que se abre ó que se hiere con cualquier objeto, una equivocación en el ajuste, una rotura en la parte más insignificante de una máquina, estos y otros muchísimos incidentes que con tanta frecuencia ocurren, perturban la marcha de los trabajos, y nos ponen en compromiso con el público. Si á esto se agrega la falta de las primeras materias que requiere la imprenta, la de buena tinta, que en España no se encuentra, porque los ingredientes de que la componen y la elaboración que sufre, no son como en el extranjero; la escasez harto frecuente de papel, y los defectos de que adolece el de nuestras fábricas, compuesto de malas pastas, blanqueadas á fuerza de cloruro, que en cambio hace enrojecer hasta la tinta inglesa, el lector convendrá en que desgraciadamente no bastan ni los sacrificios de todos géneros, ni la mejor voluntad del mundo para poder hacer todo lo que se quiere hacer.

Concluye la visita, y al despedir á nuestra puerta á los suscriptores, creemos notar en su rostro una expresión más indulgente, más bondadosa todavía que á la entrada; si esta somera reseña de nuestra lucha perdurable ha bastado para que nos hagan justicia, la inspección material de todos los detalles les demostraría hasta qué punto rayan nuestros buenos deseos: una prueba más de ellos es el presente número de LA ILUSTRACION, que con el suplemento forma el pliego más grande de una publicación ilustrada, que hasta ahora se ha impreso en España, y en el cual aparecen también las mayores láminas en madera que se han grabado en nuestro país.

## CRONICA MATRITENSE

DE DICIEMBRE.

De mes de las aperturas calificábamos en nuestra revista anterior al pasado noviembre, en atención á las muchas é importantes que en él tuvieron lugar: por la razón contraria pudieramos muy bien apellidar al que acaba de transcurrir mes clásico de las cerraduras y finiquitos.—Con efecto, y en prueba de nuestra aserción, bastará recordar que en él se ha cerrado la representación nacional, concluyendo con un tercer acto, ó más bien ligero epílogo, su trabajoso drama de 1851.—Cerráronse además las relaciones matrimoniales con la primer semana de adviento, dando lugar á los novios

á saborear la luna de miel sin la misteriosa y emblemática imposición de la coyunda matrimonial.—Cerráronse después los tribunales, las cátedras y estudios públicos y privados, los talleres, la Bolsa; y hasta las puertas de la eternidad para una buena parte del vecindario, que á impulsos del rigoroso invierno se dejó conducir á pasar las Pascuas al otro barrio: verificados todos los cuales cierres, el viejo despiadado de las alas y la segur sacó las llaves del año de gracia 1851, y encargó á San Silvestre que le cerrase á las doce en punto de la noche; con lo cual al abrir de nuevo nuestros cerrados ojos nos encontramos de súbito en pleno 1852.

Pero en cambio de tantas cerraduras, que hacen aparecer al mes de diciembre cargado de pestillos y candados, todavía se han abierto en él á las fundadas esperanzas de la patria los gratos horizontes de un risueño porvenir. Y dicho se está que semejante apertura es para consolar con creces de los cerramientos de cabo de año.

El natalicio de la augusta PRINCESA heredera del trono español, ha sido, pues, el verdadero acontecimiento que realiza para nosotros al mes de diciembre; y combinada su halagüeña sensación con el regocijo y festiva solemnidad con que la Iglesia celebra en estos días la conmemoración de otra natividad más alta, ha acabado por borrar en todos los ánimos la siniestra memoria de anteriores desmanes, é imprimir á la última década del mes, esa fisonomía propia, cordial, alegre y bulliciosa que la distingue en todos los pueblos de la cristiandad.

Además del carácter religioso, sublime y de evangélica alegría que lleva consigo el recuerdo de tan augusto misterio, reúne, como es sabido, para nosotros, otras circunstancias profanas que contribuyen poderosamente á hacer de la Pascua de Navidad una verdadera fiesta popular.—En ella recordamos y celebramos, no solamente la terminación del año, sino también la entrada del nuevo; los *strenas* que los antiguos romanos consagraban á Strinuo, diosa de la fuerza, con ramos simbólicos y mutuos obsequios el primer día del año, y los *etrennes* con que los pueblos modernos festejan igual día, se han reasumido entre nosotros en el no menos antiguo *aguinaldo* ó *aguinaldo*, que según el filólogo Covarrubias, trae su origen de la voz griega *gimnaldum* (que vale tanto como regalar el día de natalicio), ó cuando menos de la árabe *guineldum*, que expresa simplemente el acto de regalar; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ambas costumbres, los *strenos* y el *aguinaldo*, son entre nosotros una cosa misma, y para probarlo (si ya en el hecho no estuviese probado) bastaría recordar el dicho de un célebre autor que hace ya dos siglos escribía: «y por ser á cuatro días de mi llegada día de año nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella corte.»

De todos modos, y sea su origen el que quiera, terrible cosa es la tal costumbre para aquel desdichado que está sometido á la dura é inexorable ley del *paganismos*.—Y ¿quién no es *pagano* en esta tierra clásica de la cristiandad?—La publicación oficial hecha en estos mismos días por la *Gaceta* del presupuesto de mil y doscientos millones y pico, nos sirve de *memento* para consolarlos con la idea de que la mayoría de los españoles nos acompaña en esta triste calamidad.—Además, y para complemento de aquella, sufrimos en estos días otros impuestos ó contribuciones indirectas (aunque tan poco votadas en Cortes), cuales son los que á pretexto de Pascuas de Navidad hay que dedicar al médico, al abogado, al notario, al agente, á los dependientes y criados, al barbero, al sereno del barrio, al cartero, al repartidor de los diarios, á la lavandera, y á todo bicho viviente de la sustancia agena. Esto es lo que en el lenguaje alegórico se denomina *aguinaldo*, ya sea ó se presente bajo la forma de pavos ó capones, ya bajo la de vajillas de plata ó de barriles de malvasía; ora se disfrace en el elegante vestido de terciopelo ó de chiné, ora tome la simbólica figura de billete de palco del teatro Real; ya, en fin, se transforme en prolongados cartuchos de centenas isabelinas, ora se convierta en peseta reformada, ó tosca moneda de diez céntimos de fábrica segoviana.—Pero hay sobre todo una materia que por la casi generalidad de su aplicación para este caso representa emblemática y perfectamente este agasajo general; esta materia (ya lo habrán conocido nuestros lectores) es el *turron*; comprendiendo bajo este título las dulces elaboraciones de Toledo y de Zaragoza, de Jijona y Alicante, de Valencia, Vitoria, Barcelona y Madrid.—En ella, pues, vienen á convertirse gran parte de los mutuos obsequios de la época; para ella disfrutan como es justo los funcionarios públicos un reparto oficial, una paga las viudas y cesantes, una gratificación los servidores subalternos, para que todos acudan á sacrificarla en aras de la deidad.

Este ídolo dominante del mes, tiene también su significación en todo el año, y en el lenguaje moderno estiende su aplicación á las gracias y favores cortesanos, á los empleos y honores, á la participación, en fin, del presupuesto nacional. Y si como ha sucedido en el mes que nos toca historiar, un acontecimiento plausible viene á reforzar la devoción al *turronismo*, viene á despertar las esperanzas de los adeptos (*quorum infinitus est numerus*), viene en fin á destapar el cuerno de Amaltea en las mil abiertas bocas que reclaman sueldos y emolumentos, bandas y cruces, fajas y capisayos, puede inferirse la algarabía y el bisbeo que se habrá armado en el tal mes, esperando diariamente que hable la *Gaceta* para saber á punto fijo quién ha merecido aquellos dones en gracia del real alabramiento, quién ha logrado ingresar ó ascender en el sacerdocio del dios *Turron*.—Entre tanto los que nada esperamos de la fiesta, andamos muy entretenidos calculando cuánto nos habrá de costar la música; *duda* de que en verdad saldremos muy luego con la publicación de la *Guía de forasteros* (los forasteros somos los no comprendidos en ella).

Pero dejando á un lado esta materia, que forma la índole especial y dulcísima del mes, y continuando nuestra plácida revista matritense, quisiéramos encontrar otros materiales ú objetos con que hacerla interesante; mas por mucho que fatigamos nuestra memoria no hallamos cosa que de contar sea, suponiendo que no entran en nuestra jurisdicción ni los teatros y diversiones públicas, que han desplegado en la última quincena todos sus recursos para cobrar el aguinaldo de la población entera; ni las reuniones y sociedades privadas que en tal época son de cajón; ni las intrigas y peripecias caseras á que ellas dan lugar; ni las bodas en proyecto; ni los corazones en infusión; ni las pragmáticas de las modas invernales de 1852, ni los comentarios políticos de 1851.—Tam-

poco queremos por hoy ocuparnos en las vicisitudes de la atmósfera, que como es uso y costumbre en tales días, se ha mecido agradablemente entre los 4 y 5 por bajo de Reaumur, amenizado el todo con las ventiscas de Somosierra, y blanqueando nuestra heroica villa con las nieves del Guadarrama, con gran contentamiento de los cocheros de plaza, de los aficionados al besugo, de los músicos festeros, de los médicos, sacristanes y enterradores.

Pero como, en fin, nuestro deseo consiste en hallar algo de que hablar, y ya está visto que no nos lo brinda el mes, habremos de retrotraer nuestra crónica matritense del último del año á todos los anteriores, para ver si topamos por acaso materia digna de alabanza en punto á mejora material de nuestra villa.—Por desgracia la administración se ha dado tanta prisa á no hacer nada en todo el año, que aun ampliada á todo el tendrá que ser negativa nuestra reseña: quiere decir, que en lugar de consignar lo que se ha hecho, tendremos que limitarnos á indicar simplemente lo que se ha dejado de hacer.

Cabalmente al final de los años anteriores, y cuando la población de Madrid estaba acostumbrada á ver emprendidas ó realizadas muchas obras y reformas importantes, tuvimos el placer de reseñarlas, dando á sus promovedores el justo tributo de alabanza: no podemos pues prescindir del triste deber de consignar nuestro disgusto, por no hallar medios de consignar en este año igual testimonio de nuestra imparcialidad y gratitud.

Todo Madrid recuerda que en dichos años, y especialmente (seamos justos) en los de 1848 al 50, se verificó en la policía urbana y en el aspecto material de esta villa una completa y favorable transformación. A los señores conde de Vista-Hermosa y marqués de Santa Cruz, que se hallaron en aquellos años al frente de la administración local y del Ayuntamiento, cabe la mayor parte de la gloria de aquellas utilísimas reformas, y los mismos murmuradores de ellas, que hoy disfrutan sus beneficios, no pueden menos de hacer justicia á aquella administración.—Durante dicha época se llevó á cabo la difícil reforma del sistema de limpiezas; se planteó en el mismo estado que le vemos el alumbrado de gas; se adoptó y plantó el empedrado de adoquines, transformando de un modo inmejorable las calles principales de la villa; se abrieron nuevos paseos y caminos, y se aumentó en ellos y en las plazas y calles anchas el arbolado; se rotularon los faroles primeros de cada calle para servir de guía á los forasteros, durante la noche; se fijaron en las esquinas cubetas urinarias; se colocó en la Puerta del Sol un nuevo reloj, y delante del Buen Suceso la placeta de asfalto y una gran farola de gas; se emprendieron rompimientos de nuevas calles en el Barquillo, que han dado lugar á la construcción de muchos y hermosos edificios en aquel distrito; se llevó á cabo la completa transformación del pavimento de la Plaza Mayor, y se colocó en el centro la estatua de Felipe III. Igualmente se hizo la costosa y útil obra de la Cuesta de la Vega, la del Dos de Mayo, la de la plaza de Bilbao, la verja del Prado, y otras parciales en los edificios de la Villa, Panadería, Almacenes, Pósito y Casas Consistoriales; se reconstruyó, puede decirse, de nuevo el edificio del Saladero con destino á cárcel de Villa; se abrieron y levantaron varias fuentes públicas; y por una combinación feliz coincidieron con todas estas obras de la villa otras aún más importantes del gobierno, como fueron en el año último la del teatro Real (que dió motivo á la formación simultánea de una magnífica barriada nueva), la del Palacio del Congreso, la del teatro Español, la de la nueva Bolsa y la del ferro-carril de Aranjuez.—El Real Patrimonio contribuyó por su parte espléndidamente á esta serie de mejoras, continuando con celo las reales obras del Palacio, jardines y plaza de Oriente; y los particulares rivalizaron igualmente con la administración, construyendo en aquellos tres años más de cuatrocientas casas elegantes, y aun magníficas algunas.—Al mismo tiempo que todas estas reformas materiales, se llevaban á cabo otras administrativas.—Se formaban, discutían y publicaban las ordenanzas de policía urbana; el reglamento interior del Ayuntamiento, y los de las cárceles, mataderos y teatros; se terminaba el gran plano de Madrid, levantado á costa del Ayuntamiento, por la comisión de Ingenieros; se hizo una excelente estadística de la villa; se planteó un servicio de coches de plaza, que tanta falta hacía; se adoptaba el de carros cubiertos para la conducción de carnes; se estableció la guardia municipal de caballería, y se formaban, discutían y aprobaban otros cien proyectos de pública utilidad y sucesiva aplicación.

Ahora bien, ¿qué se ha hecho de aquel entusiasmo de la municipalidad matritense, ó por lo menos, qué resultados positivos ha ofrecido á nuestra alabanza en todo el año de 1851? Por más que quisiéramos consignarlos aquí, no recordamos ninguno, si no es que ya tuviéramos por tales el por lo menos dudoso beneficio de la reforma de los serenos ó vigilantes nocturnos, y unos cuantos faroles de gas con que nos ha obsequiado esta noche-buena.—Por lo demás, ni se ha llevado á cabo como estaba convenida y escriturada la adopción general de este alumbrado á todas las calles de la población; ni se ha continuado el empedrado de adoquines; ni se ha mejorado el ramo de limpiezas, ni el arbolado, ni los caminos; ni se han aumentado las aguas; ni se han terminado las obras de la Cuesta de la Vega y de la Plaza; ni se han emprendido las proyectadas en la puerta de Atocha, en las de Segovia, Santa Bárbara y Fuencarral; ni se han construido nuevas fuentes; ni se han subastado los mercados cubiertos de la plazuela de la Cebada y los Mostenses; ni se han abierto nuevas alcantarillas; ni se ha hecho el proyectado matadero. Tampoco se ha llevado á cabo la formación de las ordenanzas de construcción, ni mejorado las de policía urbana, ni creado la compañía de bomberos y arreglado el servicio de los incendios, ni otras infinitas necesidades, todas reconocidas, todas previstas, discutidas, y propuestas ya los medios de su posible reparación. Para todas ellas ha trascurrido inútilmente el año de 1851, y eso que algunas, como la de incendios y la de aguas, han hecho sentir en este año su apremiante exigencia, que no se satisface con proyectos remotos, ni con nuevas comisiones, ni con añadir hojas inútiles á expedientes ya de robustas formas, y de clásica y venerable antigüedad.—¿Quiera el cielo que en la revista de diciembre de 1852 (si nos toca hacerla) tengamos que ser menos severos, y entregarnos á nuestra inclinación natural de dispensar elogios y parabienes, siempre que hallamos motivos de combinarlos con la justa imparcialidad!

EL CRONISTA.

El arbol de la vida.

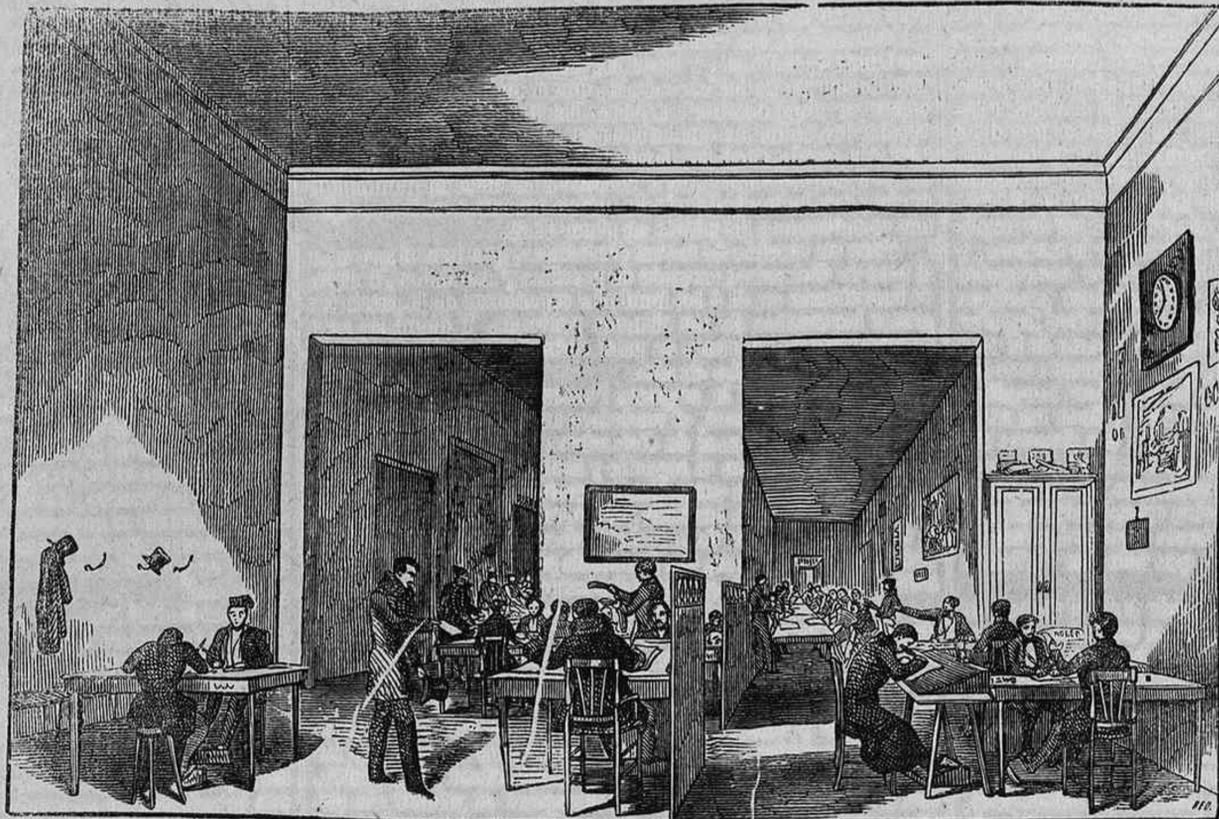
¿Qué anuncia ese viento que corre por los campos con lúgubre y prolongado sonido? ¡Ay! trae entre sus brazos el otoño, precursor de la muerte de la naturaleza. Hermosos son sus días serenos, días de calma en que el sol templa con sus rayos el purísimo azul de los cielos; en que se renueva la lozania agostada de las flores, y en que el campo se cubre de nuevo verdor. ¡Débil hermosura!... Así como el anciano que pobre de fuerzas, pero en medio de una salud completa, sucumbe al ser acometido por el mas pequeño mal, así en un momento el viento del Norte destruye la belleza del otoño. Esas flores y ese verdor de los campos son el postrer esfuerzo de vida que acaba con la vida; porque el otoño es la vejez de la naturaleza, y en la vejez todo muere.

¡Oh! Los que veis cercano el fin de vuestra carrera, los que entre las sombras de una existencia que termina veis la pálida faz de la muerte que se adelanta hácia vosotros, no busqueis en el otoño vuestro solaz en los campos; no penetreis en el bosque, donde no hallareis mas que el luto y la muerte. Hay allí una cosa inapreciable, una tristeza imponente que desgarrará el alma y oprime nuestro pecho. Esas hojas que se chocan unas con otras antes de caer al suelo, esas ramas ásperas y desnudas, aquellos mugidos del viento que cayendo desde las copas de los arboles asemejan suspiros dolorosos, todo eso forma una historia lastimera, cuyas elocuentes páginas hieren nuestro pensamiento.

Ved ese altísimo álamo, á cuya sombra no hace mucho tiempo descansaba el fatigado obrador: ahora tan solo el crezoso pastor va á buscar en su tronco un abrigo contra el viento que entumece sus miembros. ¡Qué aspecto tan triste presenta desde allí la naturaleza! Aquellas hojas que dan vueltas en confuso desorden sobre el suelo, aquella pálida campo sin vida y sin movimiento, y aquel sol que avanzándose apenas en el horizonte, alarga indefinidamente las sombras de la montaña: todo es triste, todo desconsolador.

Mientras tanto, el viento muge, y se estremece el álamo frondoso, y su copa se inclina, y cada ráfaga de viento le arranca centenares de hojas. ¡Pobre árbol! él, que adquirió la vida al venir la primavera, la perderá pronto en brazos del otoño; él, que creció y se desarrolló cubriéndose de verdes hojas, entrega estas ahora, entapizando el suelo con sus propios despojos. Esta es nuestra vida: cada estación que al árbol anima, es una de nuestras edades; sus ramas, nuestros años; sus hojas, nuestros días: cuando llegue la muerte, las hojas de nuestros días formarán un confuso molinillo al pié de nuestro esqueleto.

¡Pobre árbol! Cuál si sintiese separarse de la vida, inclina sus ramas hácia el suelo, como para alcanzar las hojas que se le caen: es el hombre encorvado bajo el peso de los años. ¿Llora tal vez? ¿Conoce que muere y suspira por los días hermosos de su juventud, por aquellos días de la primavera en que ostentaba su tierna lozania? ¡Ay de mí! No conocemos nuestra propia existencia y pretendemos hacerlo de los demás seres. ¡Presuncion humana! Desvaneci-



Vista del establecimiento en que aparecen LA ILUSTRACION ESPAÑOLA, EL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, LA BIBLIOTECA UNIVERSAL Y LAS NOVEDADES.

dos de orgullo al considerar nuestra superioridad, hemos despojado de la sensibilidad á seres que no conocemos, y cuyo principio de vida, así como el alma del hombre, es un misterio. La naturaleza no es mas que el conjunto de las causas desconocidas.

Pero si el árbol no tiene voz para expresar sus sentimientos, demuestra, sin embargo, su tristeza y su abatimiento. Esos pálidos despojos que yacen al rededor de su tronco; esas ramas que se inclinan hácia el suelo; esa copa que se cimbrera, como si asida á un resto de vida luchase contra el viento que se la quiere arrancar, todo en él espresa elocuentemente el dolor de una vida que se acaba...

Ya nada existe; el esqueleto del árbol está cubierto de una blanquísima y helada capa; en su derredor el silencio y la muerte. Aquella copa, antes verde y frondosa, es un tejido de hebras de nieve: allí no anida un pájaro, allí no brota una flor. Yo no he visto cosa mas triste y mas desgarradora que esas ramas desnudas, de las que penden carámbanos de hielo: ¡ay! la nieve es para el árbol la losa del sepulcro...

Pero pasa el invierno, y aquellos despojos del árbol alimentan las nuevas plantas que se alzan á su lado, y el árbol mismo vuelve á vivir. También el cuerpo del hombre sirve de sávia á las flores de un cementerio; pero ¿vuelve á vivir el hombre?

P. A. CARDANO.

Los vendedores y el alboroto.

Los profesores de cornetín de piston se desesperan y arrojan hondos suspiros en mi bemol menor, despues de haber colocado un lazo de crespon negro en cada llave de su instrumento.

La cosa no es para menos. — Una orden de la policia de París acaba de quitar á los susodichos maestros casi todos sus discipulos.

No dice precisamente el orden: prohibo á los habitantes de París que reciban lecciones de cornetín de piston.

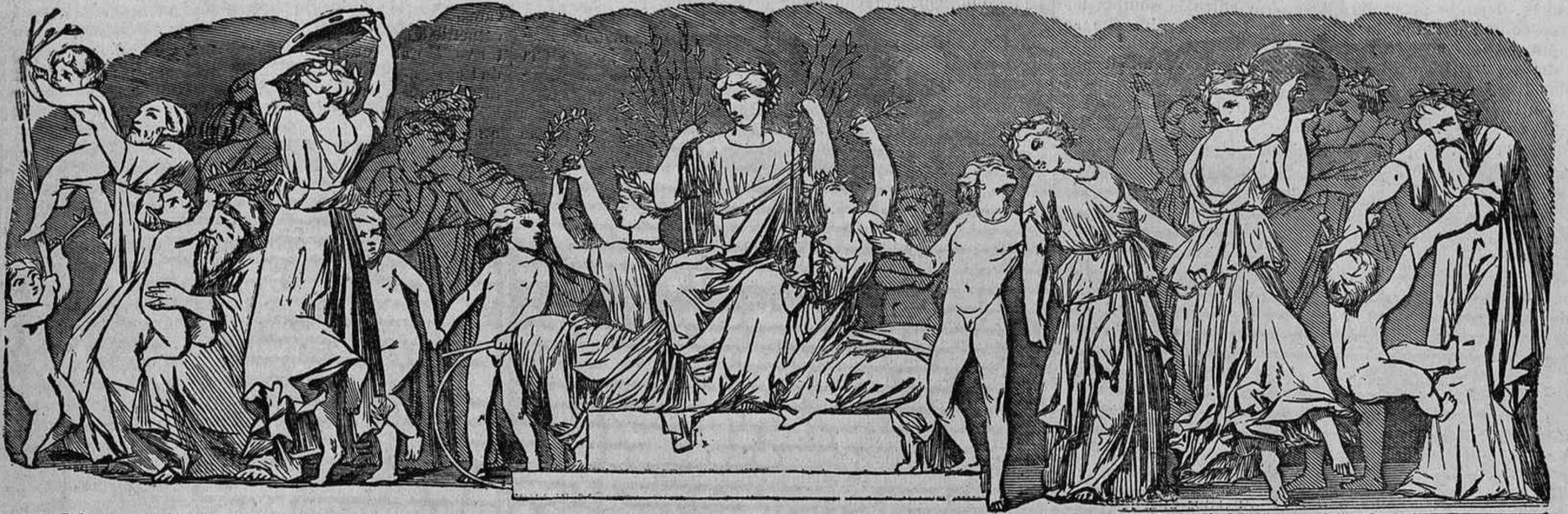
Pero se ha prohibido á los sacamuélas y vendedores ambulantes que anuncien su industria por las calles al son de una música infernal.

Hace mucho tiempo que los mercachifles de paraguas creen que es mas cómodo tocar una aria de los Puritanos, que gritar: buenos paraguas, finos y baratos.

Los tales paragueros son por lo regular naturales de Auvernia, y por lo tanto muy vanidosos: además se creen músicos desde que nacen, y á esto se debe que hayan escogido para anunciar sus géneros el clarín de llave, instrumento cuyos sonidos tienen mas cuerpo que los del cornetín.

Los mercaderes ambulantes no se paraban en barras: cierto vendedor de bastones se aficionó al tiple, en el cual soplabá, como un huracán desencadenado, para producir una cosa que queria ser el *Wals infernal* de Roberto el diablo: sus notas desafinadas decian á quien sabia traducirlas: *vendo bastones*. El tal vendedor debia pertenecer al Conservatorio.

Un vendedor de fresa habia ahorrado la cantidad necesaria para comprar un requinto, cuando la orden mencionada ha llegado á matar sus esperanzas: otro de peras pensaba ya anunciarlas con bombo y platillos.



## UN PASEO DESDE EL TAJO AL RHIN,

DESCANSANDO EN EL PALACIO DE CRISTAL.

París 14 de julio.

Tenemos, Emilio, en París un compatriota. Un español emigrado muchos años hace y para el cual no hay amnistía. Hemos preguntado por su casa, para ir á visitarle, pues se halla imposibilitado de salir de ella porque tiene una gran parálisis, y nos han indicado un cuarto bajo de París.

París tiene cuartos bajos, principales, segundos, terceros, cuartos, quintos y sextos. Los cuartos bajos son las catacumbas, que ocupan bajo el suelo de París una estension de 674,000 metros, donde se encierran millones de cadáveres humanos. El panteon donde están sepultados hombres ilustres, y los cementerios del Norte, del Sud y del Oriente. En este último se halla el compatriota á quien queremos hacer nuestra primera visita, y hacia él nos encaminamos.

Mucho siento empezar á conocer á París por los cementerios; pero por otra parte he reflexionado que el París de los muertos, es acaso el verdadero París. A los sabios, á los héroes los buscaria inútilmente en el París de los vivos.

El París de los muertos es tambien donde se cumplen las condiciones de la nueva república. Al frente del cementerio se lee escrito con letras grandes: *Liberté, Egalité, Fraternité*. En todos los edificios de París se lee el mismo letrero, pero solo en este es oportuno y es exacto. ¿Qué hombres mas libres que los difuntos? ¿Dónde mas igualdad que ante la muerte? ¿Dónde mas fraternidad que en la tumba? ¡Oh, sí; bien escrito está este letrero; solo aquí veo perfeccionado el sistema de la ilustrada Europa!... Entremos.

Pero antes me he detenido á ver el gran surtido de coronas colocado á la entrada. Ya he dicho antes de ahora que la muerte es en Francia tan productiva como la vida. En ninguna parte son los que mueren tan útiles al comercio; en ninguna parte la ambicion, el lujo y la vanidad de los difuntos, ha protegido el desarrollo de la industria tanto como en Francia. Limitándonos solamente á los atributos de la gloria, ve-

mos que todo cadáver se corona en París cada año, cada semana, cada día, y que semejante á Napoleon, no se contenta con ceñir una corona sola, sino que se ciñe dos y cuatro á la vez, como aquel insigne emperador.

Hay muerto en el cementerio de Oriente que gasta 20 francos diarios en siempre-vivas. Las siempre-vivas son en París el pan de los muertos.

Es un fruto que se importa como el trigo, que se siembra como el maíz, que se recoge y se hacina como el heno. El

comercio de las siempre-vivas se hace por contrata. Vienen barcos cargados de ellas, y se hacen coronas que se transportan en carros. A carros se lleva la gloria al pié de la columna de Napoleon, en torno del monumento de Julio, á la puerta de los coliseos, y á la de los cementerios. En la del Oriente habia un surtido admirable. Coronas de familia, coronas de amistad, coronas de amor, con versos, con cruces, sencillas y recargadas, humildes y lujosas, grandes y pequeñas. Esta última observacion me hizo sonreir amargamente.

No teniendo la muerte mas que una medida para todos los seres del universo, todas las coronas, pequeñas ó grandes, vienen bien á todas las cabezas de todos los muertos. Pero las pequeñas costaban seis francos y las grandes doce...

Entramos en el cementerio y preguntamos por la *Isla de los Españoles*. Porque los españoles tenemos una isla. Para los franceses España es un buque perdido que naufraga en sus costas, y nos han dado una isla para los ahogados. ¿Mas quién iba á encontrar esta isla en el mar de cenizas, en el Océano de sepulcros que forman continentes, donde la muerte ha fundado pueblos, con palacios de asombrosa arquitectura, con espaciosos jardines, con gigantescos obeliscos, con riquísimas estatuas, con magníficas capillas, con todo el esplendor en fin de una corte parisien?

La primera idea que ocurre al penetrar en su recinto es que la muerte, emperadora en Francia, como Napoleon, ha conquistado á la vida, y que su reino floreciente está absorbiendo la industria de París. Al penetrar allí se comprende que hay en París barrios enteros de marmolistas, de bronceistas, de torneros, de escultores, de lapidarios y de dibujantes; porque la mayor parte son los obreros de la muerte. Son los artistas que ella paga, es el pueblo que ella mantiene. Son los vivos que comen de la muerte. Así como los grandes señores, tienen un palacio de invierno en *Saint Germain* y otro de primavera en *Versalles*, así tienen otro para todas las estaciones en el cementerio del P. Lachaise.

Nada mas bello, mas risueño, mas encantador que la situacion de estos palacios. Nada mas delicioso que aquel jardin de los muertos.

Los árboles crecen sobre la tierra fecunda con una vigorosa robustez, y extienden sus



La fosa comun, en el cementerio del P. Lachaise en París.

pomposas ramas de un verde claro y fresco sobre las blancas tumbas, dejando penetrar dulcemente entre la sombra los rayos de un sol templado y hermoso. La atmósfera que se respira en este bosque resguardado á los vientos del Norte es suave y vivificante. La brisa que se aspira en lo alto de sus colinas, parece que infunde salud y vida.

En la cima de una colina he visto un sepulcro blanco rodeado de arbustos que parecía una casita de campo. El sol bañaba su frontispicio con una luz que la hacía brillar; las aves revolaban en torno de ella trinando con campestre alegría. La tierra de la entrada, húmeda y removida, había producido unas florecillas blancas y azules que iban ya trepando por la pared... Parecía imposible que la dueña de aquella habitación la tuviese siempre cerrada, sin salir nunca á disfrutar de la amenidad de aquel sitio; á contemplar el sol, á escuchar las aves, á coger las flores...

Otros sepulcros adornados de columnas tenían el aspecto que sin duda debían tener las casas de los sabios de la antigüedad, de Sócrates, de Platon, que daban lecciones á sus discípulos en medio de los campos. Al ver tantos palacios, tantas casas desiertas, yo estaba en la duda, Emilio mio, de si aquello era un pueblo cuyos vecinos hubiesen emigrado por una epidemia dejando las casas cerradas.

Preguntamos al cicerone de los cementerios por la *Isla de los Españoles*, y no supo darnos razon; pero se ofreció á enseñarnos los palacios mas notables de aquella corte de setenta mil vecinos, y empezó por conducirnos al sepulcro de *Abelardo y Eloisa*. Tú, Emilio, no sabes quiénes son *Abelardo y Eloisa*, ni creo conveniente que te des mucha prisa á saberlo. Yo tampoco los conozco sino por tradicion, porque no pude acabar de leer las estupendas cartas que como escritas por *Eloisa* admira la juventud. Sabia yo que la historia de sus amores no es tan cauta como la de los tiernísimos *Amantes de Teruel*, y no queria gastar mi admiracion con la heroína francesa, pudiendo emplearla en la heroína española. Pero los franceses, que como es natural, piensan de distinto modo que nosotros, han elevado un soberbio mausoleo sobre el cual descansan esculpidos en piedra los retratos de los dos amantes en hábitos de religiosos. Una valla de piedra impide á las gentes acercarse al pedestal, pero el entusiasmo de las *grisetas* es tan vivo que les incita á saltar la valla para colocar sobre la frente de la desventurada *Eloisa* un millon de inmortales coronas. Yo pasé imperturbable delante de los grupos que rodeaban la valla, y que no dejaron de extrañar la indiferencia con que habíamos mirado el monumento que ellos adoraban. Estoy cierto de que conociendo que éramos españoles, y habiendo leído las cartas de *Dumas*, nos tuvieron por salvajes.

Indicónos el cicerone un sepulcro que mas adelante descollaba sobre los otros, y vimos que era el de un general del Imperio. Los bajos relieves representaban una batalla ganada á los mamelucos, y era prodigiosa la energía con que se destacaba el brazo del valiente francés esgrimiendo el acero con que acababa de traspasar al moro, postrado en tierra y aplastado por los cascos de su caballo. ¡Oh vanidad del valor que quiere eternizarse en los cementerios! ¡Cuánta lástima daba ver sobre una tumba á un vivo matando á otro vivo, cuando se sabia que ya el vencedor había sido vencido por la muerte! Habíamos recorrido algunas calles de cipreses, y nuestro fúnebre guía nos hizo cambiar de ruta para mostrarnos un gran monumento que resplandecía al sol. Era la elevada estatua de *Casimiro Perrier*, en cuya tumba estan encerrados la *justicia*, la *ley*, y el *banco de Francia*, segun indica la inscripcion grabada sobre ella. Agudísima idea me ha parecido esta de fiar el banco de Francia á la custodia de la muerte. El crédito de la Francia está allí seguro. No creo que las demás naciones desconfiarán del... Detúveme un instante á contemplar al célebre orador de cuyos labios de bronce esperaba todavía oír palabras elocuentes; pero semejante al cañon que enmohecido descansa sobre la cuna en el Museo de Artillería, despues de haber resonado en una brillante campaña, aquel orador de bronce estaba silencioso sobre su pedestal en aquel museo de la muerte.

No eran menos tristes las ideas que suscitaba en el ánimo el sepulcro de *Talma*. El grande actor representando el papel de cadáver, se hallaba ahora mudo... no se oían en torno suyo las estruendosas palmadas de un público frenético; pero se veían en su escenario mortuorio infinitas coronas que le habían arrojado desde el patio de la vida.

Luego descubrimos la tumba del Dr. Gall. El Dr. Gall, que está en el cementerio como en su propio gabinete; el Dr. Gall, rodeado de calaveras; el Dr. Gall, estudiando en las de tantos sabios la ciencia de los órganos; el Dr. Gall, examinando en la suya propia las cualidades frenológicas, me hizo, hermano mio, una dolorosa impresion.

Parecía que había ido á establecer allí su academia, y que la muerte misma acudía á escuchar sus lecciones.

Quería nuestro cicerone enseñarnos otras tumbas notables; pero yo no había desistido de mi propósito de buscar la *Isla de los Españoles*, cualesquiera que fueran los mares que debíamos atravesar, y despedimos al fúnebre guía, encomendándonos á nuestro instinto.

Muchas fueron las calles que atravesamos, los valles que recorrimos, y las colinas sobre las cuales subíamos á descubrir la tierra deseada. Desde sus alturas veíamos en el fondo gentes piadosas arrodilladas sobre los sepulcros; pero séame permitida, sin agravio á la sensibilidad de la francesa, el comunicar la idea que tengo formada de sus ceremonias en los sepulcros.

Estoy persuadido de que la francesa, como todo ser humano, tiene corazon; pero la gracia de la forma en las cosas, es tan esencial para ella, que lo somete á las reglas de su arte esquisito y refinado. Del corazon humano se han permitido decir que es bueno, es malo, es grande, es pequeño, es generoso, es ruin, es duro ó es tierno; el corazon de la francesa no es nada de esto: es un corazon bonito. La francesa no espresa sus afectos sino con maneras académicas. No habla, no llora, no rie sino de una manera poética y agradable; no hace un gesto que no sea conveniente á la espresion de su fisonomía. Su persona siempre en escena, lo mismo en el teatro que en la calle, no pierde su aire de actriz ni aun en el cementerio cuando se arrodilla sobre la tumba de una madre, de un esposo ó de un hijo. Vestida con la mayor elegancia y llevando en sus manos coronas y ramilletes de flores, va la huérfana,

ó la viuda, ó la amorosa madre, á llorar sobre la tumba del que ha perdido. Observa con minucioso cuidado si la yerba crece sobre las junturas de las piedras, si la tierra ha cegado los huecos de la inscripcion, si la humedad ha empañado la brillantez del metal; y hace limpiar el sepulcro, y recoge ella misma las flores marchitas para colocar otras frescas, y despues vuelve á arrodillarse y á derramar lágrimas. Pero todo esto lo ejecuta como un acto de buena educacion: el dolor parece en ella un deber de su talento, y no una necesidad de su alma.

La española no visita acaso el sepulcro del ser amado, porque las lágrimas la ahogan, porque la pena la desgarran el corazon, porque no puede acercarse al sitio donde reposa sin morir de angustia. No se cuida de adornar ella misma con elegancia los restos del que ya no existe; porque su dolor es solemne, grave, religioso, terrible, y no asalta á su mente sino la idea de la eternidad.

La francesa cree indispensable ocuparse de las galas de uno que muere como de uno que nace. La francesa adorna una tumba como adorna un lecho nupcial, y engalana á un esqueleto como engalana á una desposada. Por eso en los cementerios de Francia se ven constantemente un gran número de mugeres piadosas, cuyos rostros frescos, cuya serena mirada no revelan el dolor de las desgracias recientes.

Considerado bajo el punto de vista filosófico es muy buena esta conformidad, y hallo extraordinaria semejanza entre el pueblo francés familiarizado con la muerte, y el pueblo griego que sepultaba á los difuntos en el propio jardin de los deudos. Siempre me ha parecido el pueblo francés idéntico al pueblo griego en lo elegante, en lo superficial, en lo afectado y en lo artista. El francés es en lo moderno como fué el griego en lo antiguo, el pueblo mas civilizado del orbe. Por eso en él se ha civilizado todo, hasta el dolor. El dolor en Francia no es un salvaje, no es un loco, es un amigo culto y juicioso que acompaña al doliente á visitar el cementerio con el bello atractivo de la poesía. El dolor allí nunca es trágico; es melodramático ó cómico...

Estábamos sobre una eminencia haciendo estas reflexiones, cuando se fijó mi vista en una gigantesca cruz que dominando los árboles y los monumentos se dibujaba en el azul purísimo del horizonte.

Á la natural devocion que como cristiana tengo á la cruz, se añade un culto particular que la doy por un acontecimiento doloroso, cuya memoria tiene siempre entristecida mi alma. Tú sabes, Emilio, que no paso jamás delante de ella sin arrodillarme á rezar por los que ya no existen...

Aunque la cruz estaba lejos, nos decidimos á marchar hasta ella y empezamos á cruzar el bosque.

Despues de una larga travesía llegamos adonde se elevaba la cruz, á cuyo pie había hacinadas mas de mil coronas que subían redeándola como una cadena. Un gran concurso de mugeres, de ancianos y de niños, al parecer pobres, rezaban en torno de este sencillo monumento, que me heló de espanto cuando supe por una de aquellas mugeres, que era la *fosa comun*. Una hoya de 80 metros de longitud por 4 de anchura, está siempre abierta para recibir á los muertos pobres. En aquella fosa es donde ha resuelto la Francia el gran problema del comunismo. El malvado envejecido en los crímenes y harto de beber sangre humana, y el niño que aun no ha tomado mas alimento que la leche del seno de su madre; la muger depravada y envilecida que muere gangrenada por el vicio, y la doncella castísima y pura cuya frente pálida resplandece aun muerta con la aureola de la virtud, caen confundidos en aquella profunda sima, donde los huesos se chocan, donde los cabellos se enlazan, donde las cenizas se confunden...

Al borde de aquella sima, donde echan despues tierra, vienen los deudos á orar; pero como hay tantos muertos en aquella sima, las lágrimas de la madre que habían de regar la tumba de su hijo, caen sobre la de un extraño; el niño que cree arrodillarse al pie del cuerpo de su madre, se arrodilla junto al de una extraña. La corona que cada uno deposita sobre la *fosa comun*, ¿para quién es? Tal vez la tiene sobre sí el asesino de aquel á quien se dedica...

¡Oh qué cosa tan horrible posee la Francia! ¡Un cementerio donde los pobres no tienen cinco pies de tierra en que poder dormir el último sueño! ¡Oh qué cosa tan horrible! La muerte colectiva; la muerte que apila 15,792 cuerpos para convertirlos en un mismo polvo! ¡Ay! Ni en el cementerio es verdadero el orgulloso lema que han escrito en su puerta los franceses: *Liberté, Egalité, Fraternité*; á no ser que llamen *libertad* á la que tienen los difuntos en la inmensa hoya, á no ser que llamen *igualdad* á la confusion con que los sepultan, á no ser que llamen *fraternidad* al acto impio de hacerlos reposar unos sobre otros. O tal vez sea esta una de las *asociaciones* que hay en París; ¡una asociacion de... muertos!

Pálidos, aterrados, mudos de pavor nos alejamos de la bendita cruz plantada sobre la fosa como un árbol cuyas raíces son esqueletos que se estienden bajo la tierra...

Yo estaba temblando, Emilio; queria llorar y no podia. Me acordaba mas que nunca de nuestra madre, á quien impresionan tan hondamente estas cosas fúnebres, y que se aflige tanto por los extremos á que se hallan reducidos los pobres en vida y en muerte. Yo estaba arrepentida de haber pisado aquel recinto, de haber venido á Francia, de haber salido de nuestro valle. Repetía la oracion, que hemos rezado juntos tantas veces, y hubiera abandonado la lúgubre mansion si no tuviera aun que cumplir el deber de visitar á nuestro compatriota.

El sol empezaba á declinar cuando volvimos á emprender la marcha para buscar la *Isla de los Españoles*. En vano preguntábamos á las gentes por la situacion de esta isla. ¿Cómo habían de saber los franceses el punto que ocupamos en el mapa de la muerte, si no saben todavía qué punto ocupamos en el mapa de la vida? *Dumas* nos coloca en Africa.

Una hora anduvimos todavía vagando á la ventura por aquellos campos antes que diéramos con un nombre español. Por fin vimos á la derecha del camino un grupo de mausoleos, en cuyo frente se leían inscripciones castellanas, y empezamos á buscar la de *Moratin*.

No puedo espresarte lo que sentí en mi alma cuando divisé su nombre grabado en una sencilla urna á que da sombra un triste árbol. Una sola corona de siempre-vivas, ennegrecida por la intemperie, la adornaba. Dos grandes poetas

franceses tienen su sepulcro al lado del ilustre poeta español como para darle compañía. Allí están como tres amigos que cansados del bullicio de las ciudades se han ido á vivir pacíficamente á la soledad de los campos. Tal vez platican entre sí, tal vez *Moratin* cuenta á *Molière* y á *Lafontaine* las desgracias de España, y tal vez ellos le responden consolándole sabiamente en su destierro.

Al fin, ya que es espatriado, tiene *Moratin* compañeros que no le abandonan. Al fin, ya que no puede estar al lado de *Calderon* y de *Cervantes*, le acompañan *Molière* y *Lafontaine*. Al fin, ya que nosotros le arrojamus de nuestra tierra, le acoge la Francia hospitalaria.

«Que Dios bendiga á la Francia! Nosotros borramos nuestro capítulo de agravios nacionales, por la piedad que ha tenido de nuestro desventurado ingenio, dando paz y honor á sus preciosas reliquias. ¡Que Dios bendiga á la Francia porque no ha permitido que se profanen!»

Estas palabras pronuncié junto al sepulcro de *Moratin*, al mismo tiempo que colocaba sobre él un ramo de siempre-vivas que había yo traído de nuestro país con este objeto. Aunque agradecida al pueblo extranjero que le daba asilo, yo no queria llevar á nuestro poeta flores tambien *extranjeras*, coronas compradas por *francos*. Quería llevarle flores del mismo suelo donde nació; flores cortadas por mi mano, y en mi ilusion creía que le eran gratas al noble caballero...

El sol se había ocultado, y la humedad del bosque producía una ligera niebla. Estaban tan perturbados mis sentidos con las escitaciones que había experimentado, que me pareció ver entre la niebla la sombra de *Moratin* levantada sobre el sepulcro.

Dicen que en vida estaba sombrío como quien no ve nunca el sol de su patria, y estenuado como quien no gusta nunca el pan de su tierra, y seco como quien no bebe nunca el agua de sus fuentes. Ahora no pude distinguir bien su imagen en mi fantasia. Solamente vi sus ojos que las lágrimas hacían brillar al desprenderse de ellos, y que se fijaron en las flores con una tierna y melancólica espresion; al mismo tiempo que una voz imperceptible me decía: «Gracias, española, por tu sencilla ofrenda; ¡hace tanto tiempo que no veo nada de España!!!»

CAROLINA CORONADO.

#### CRITICA LITERARIA.

#### Apuntes sobre la teoría del arte dramático.

Los griegos, lo mismo que los romanos, sus imitadores, á pesar de la sencillez de su teatro, á pesar de la inmovilidad de su escena, y del carácter monumental de sus creaciones trágicas, no siempre observaron las *unidades*; y eso que entre ellos las exigencias de la parte material eran grandes, y que entonces los poetas tenían precision de subordinar el desarrollo del pensamiento á los medios puramente exteriores de que necesitaban valerse, tales como el coturno, la máscara, y las mecánicas invenciones destinadas á engrosar la voz del actor, para que pudiesen percibirla todos los espectadores de aquellos inmensos teatros. Algunos ejemplos bastarán para darnos á conocer la exactitud de la precedente observacion.

En *Las Euménides* de *Esquilo*, tercera parte de la magnífica trilogía que ha llegado hasta nosotros de aquel gran trágico, no solo se falta á la unidad del lugar, sino á la de tiempo. La accion principia en el templo de *Delfos*, del cual sale *Orestes* conducido por *Apolo* (con gran sorpresa de la *Pitia* que iba á consultar al oráculo), y momentos despues le vemos aparecer en *Atenas*, primero ante el templo de *Minnerva*, y luego en presencia del *Areópago*. Dichos viajes se verifican con la rapidez del pensamiento, puesto que no media el menor intervalo entre lo que pasa en *Delfos* y lo que sucede en *Atenas*. ¿Deberemos condenar esto como falta en la obra que nos ocupa? Podrá serlo para algunos; pero de mí sé decir que *Las Euménides* y el *Prometeo*, me parecen, á par del *Edipo en Colona*, las creaciones mas elevadas y mas grandiosas que nos ha legado la musa trágica de la antigüedad pagana.

Si de *Las Euménides* de *Esquilo* pasamos al *Ajax moribundo* de *Sófocles*, no solo encontraremos que la escena queda algunos momentos abandonada del coro, sino que se interrumpe tambien la unidad del lugar; pues no es ni remotamente verosímil que *Ajax* salga decidido á buscar un sitio solitario para matarse sin testigos importunos, y que, cuando había ordenado á sus amigos que no abandonasen la escena, vuelva al lugar mismo donde los dejó, á verificar tranquilamente su muerte. La ausencia del coro, y la momentánea soledad del escenario, anuncian pues un cambio de decoracion indispensable de todo punto para el desarrollo natural de la fábula.

Estas libertades de que encontramos ejemplos en la *Audromaca* y en la *Ifigenia* de *Eurípides*; en *Las ranas*, *Las Nubes* y *El Pluto* de *Aristófanes*; en *La Aulularia*, *Los Cautivos* y muchas otras comedias de *Plauto*; y finalmente, en en varias del mismo *Terencio*, tales como *El Heautontimorumenos* y la *Hecira*, manifiestan palmariamente, que ni el precepto ni la práctica de la antigüedad justifican el rigorismo de los modernos en el asunto en cuestion, y que los discípulos de los preceptistas antiguos han exagerado la doctrina de sus maestros, por un mal entendido sistema de progresion restrictiva.

De lo cual se deduce que la cuestion de las *unidades*, que tanta ocasion ha dado á los eruditos de todas las épocas y de todos los países para disertar y perderse en prolifas investigaciones, tiene mucho menor importancia de la que han concedido los modernos preceptistas, desde el *Pinciano* hasta *Marmontel*, desde *Castelvetro* hasta *Luzan*, desde *Lope de Vega* y *Cascales* hasta *Moratin*, y aun hasta *Hermosilla* y *Martínez de la Rosa*.

Lo que es necesario observar en toda produccion dramática es la *unidad de pensamiento*, sin la cual apenas puede existir la *de interés*. Lo que es absolutamente indispensable para que el drama corresponda á lo que debe ser en nuestros tiempos, es que enseñe y que corrija. Y como no podría conseguir tan noble objeto, si no atendiese á ciertas condiciones

de forma, que son los medios de que se vale para hacer perceptible el fondo á la generalidad y dar cuerpo á las ideas, por decirlo así, necesita, sobre todo, no desatender la *unidad de verosimilitud* en las pasiones, en los caracteres y en los acontecimientos, partes que deben estar subordinadas á un fin moral ó social, sin el que las obras del ingenio se presentan á nuestros ojos como las figuras de cera, que al pronto nos parecen vivas, y que examinadas despues, hacen que nos avergoncemos de nuestro engaño.

Esta subordinación de la forma al pensamiento, esta libertad que concedemos á la espresion (puesto que la forma debe ser determinada por la idea, y aquella será mejor que mejor la simbolice y la haga interesante y bella), no se aviene de todo en todo á respetar las unidades clásicas; pero es mas fecunda que el pensamiento aristotélico, tanto porque no exige unas mismas condiciones en todas las fábulas, ni traza al poeta la pauta de su inspiracion, aun antes de saber si Dios le ha concedido la facultad de crear una nueva forma, para corresponder con ella á las necesidades de una civilizacion futura, cuanto por qué, separándola del carril estrecho de la imitacion, reivindica los fueros de la fantasia, y ennoblece el arte, librándolo del desdoro de la esclavitud.

Veamos sino: ¿qué es lo que han producido en el teatro de trascendental y de fecundo las poéticas que proclaman el principio de la imitacion, tal como lo han practicado los secretarios del llamado clasicismo? Escuelas convencionales que, si se exceptuan algunos pocos hombres de verdadero ingenio, han malogrado las disposiciones felices de muchos jóvenes, y que no espresan, como el arte debe espresarlo, el sentimiento de la nacion en que han brotado ni el del siglo que las ha visto nacer. Es verdad que esta forma imitativa, ajustada estrictamente al rigor de los preceptistas discípulos de Aristóteles, se ilustra con nombres como el de Racine. Pero ¿cuántos d' Aubignacs, y cuántos Montianos no podríamos contar por cada uno de los hombres del templo de Alfieri, de Molière ó de Moratin? Mientras las desordenadas obras de Marlowe y de Shakespeare nos revelan el sentimiento nacional inglés, y el moderno pensamiento europeo, ¿qué nos dicen las tragedias académicas de Addison y de Thompson? Mientras que una sola comedia, *El condenado por desconfiado*, de Tirso, nos da á conocer todo un pueblo y toda una civilizacion, ¿qué nos dicen las comedias de Friarte ó las composiciones trágicas de Cadahalso?

Desgraciadamente nos dicen que la negacion es estéril, que el progreso en la negacion es mortífero, y que no bastan las reglas para dar vida al arte, cuando se curan únicamente de regular la forma exterior, sino que es necesario además un principio que lo aliente y que le comunique fuerzas. Este principio no podía venirle de Aristóteles, y el por qué nos lo dirá uno de los escritores que mas han ilustrado la literatura francesa de nuestros tiempos.

«Mientras Platon establece su imperio en las regiones espirituales, dice el sabio Aimé-Martin, Aristóteles se hace rey del mundo terrestre. Su genio, tan vasto como el globo, lo abraza todo entero; pero se detiene en la materia, y lo invisible queda para él desconocido. Jamás hombre alguno poseyó en tan alto grado el poder inteligente. Su memoria estaba organizada para retenerlo todo, su ingenio para no dejar de inventar nada. Observa los fenómenos naturales, y crea la física; observa los animales que pueblan el mundo, y crea la zoología; observa las operaciones del entendimiento, y crea la dialéctica. Las leyes de los pueblos no le son mas extrañas que las de la ciencia. Su vasto cerebro combina las formas de cada gobierno, indica sus resortes, escribe sus códigos, fija su política, examina las causas de su prosperidad ó decadencia, y en este inmenso trabajo solo se olvida de una cosa: de la justicia y de la moral... Echad una ojeada á sus obras. Si trata de la poética, es para imponerle reglas; si de la tragedia, para circunscribirla á las unidades; si de la elocuencia, para someterla á las leyes de la retórica; y cuando llegado á la cúspide de la inteligencia, se encuentra con la razon, le prescribe sus formas, le ahueca su molde, la encadena, la engarrotta, y la entrega al silogismo para enseñarla á sofisticar la verdad y á sutillar la mentira.»

Ahora bien: ¿qué podía resultar de las doctrinas materialistas de Aristóteles? Que las literaturas, encajonadas en el sendero de la imitacion, perdiesen su carácter original, y que las convenciones entrasen á ocupar el puesto de los espontáneos arrebatos de la fantasia. Claro es que sin curarse de los cánones aristotélicos ni de los menos liberales aun de sus comentadores y apasionados, se pueden escribir obras malas, y que pequen por el extremo de convertir en libertinaje la libertad; pero hasta en muchas de las obras donde esta raya en licencia, como sucede en la *Virgen del Sagrario*, de Calderon, cuya accion empieza en tiempos de Recesvinto, y concluye en los de Alfonso IV, conquistador de Toledo, se encuentra unidad de pensamiento, y sobre todo, carácter y sentimientos verdaderamente nacionales.

En la poética de Aristóteles, en la de Horacio, y en todas las de sus discípulos, tanto antiguos cuanto modernos, se encuentran preceptos muy razonables, que por lo tanto serán de una aplicacion eterna. Pero en ellas falta el fundamento principal; falta lo que puede hacerlas fecundas; falta lo que es la vida del arte, es decir, el precepto que mande acomodar la forma al pensamiento sin trabas ni restricciones, y que ordene al juicio que antes de dictar sus fallos se cure de examinar si la obra juzgada está en armonía con los sentimientos y las creencias de la sociedad que la ha producido. Comparemos, pues, las reglas mas importantes de la antigüedad con los preceptos modernos, no alterándolos, sino recibiendo en toda su pureza de los autores mismos, y este sistema de comparacion nos dará resultados mas fructuosos que todas las consideraciones aisladas que pudiéramos hacer.

MANUEL CAÑETE.

## REVISTA DE TEATROS.

La literatura dramática presenta un cuadro desconsolador. Nada notable han producido nuestros ingenios en el año que ha terminado. Breton dió señales de vida, presentando solamente una pieza en un acto; Rubí continúa en sus cuar-

teles de invierno; Hartzbusch retirado y oscurecido con el polvo de la Biblioteca Nacional; García Gutierrez huye de la atmósfera corrompida de la corte, para ir á gozar de las delicias de Andalucía; Diaz da al público una comedia de buenas condiciones literarias, pero cuyo título se perderá en el catálogo de sus anteriores obras, sin que pueda dejarnos un gran recuerdo; la política obliga á Escosura á tirar la pluma, y si algun tiempo le deja aquella, lo emplea malamente en traducir una ópera cómica; Zorrilla no está todavía satisfecho de los editores españoles, y corre á las márgenes del Sena á hacer una nueva edicion de sus obras: murió Latorre, y este era un actor muy necesario para Zorrilla. Una plaza en el Consejo Real ofrece mas seguridad que los caprichos del público; por eso Gil y Zárate ha preferido la tranquilidad de aquel destino. A Sanz le falta valor para escribir otra comedia digna de figurar al lado de *Don Francisco de Quevedo*. Asquerino (don Eusebio), conquista un puesto ventajoso en el Parlamento y se olvida de las Musas. Asquerino (don Eduardo) escribe un drama fantástico, sin tener presente que nuestras empresas teatrales no cuentan con grandes recursos y viven por lo regular como Dios quiere. Las luchas periodísticas separan por algun tiempo á Suarez Bravo del teatro. Demasiado tímido Larrañaga, observa desde la Biblioteca Nacional el estado de abatimiento de los combatientes, y no se atreve á dejar su atalaya. Cazorro continúa completamente retirado; la holgazanería nos parece un vicio muy vituperable en el sucesor de Breton. El teatro Francés no ofrece á Navarrete seguridades de éxito, y abandona las traducciones, pero tampoco se atreve á lanzar una obra original, aunque no creemos que la redaccion de la *Gaceta* sea un trabajo de tanta importancia que le robe todo el tiempo. Tampoco confía Olona en el éxito de las obras francesas, y como es uno de los escritores mas incansables, no ha querido conformarse con la inaccion general, y se ha visto precisado á hacer un *viaje dramático*.

Príncipe, Ariza y otros respetan con razon las veleidades del público. El terror y el desaliento es general, y cuando así se ha apoderado de los que forman en las primeras filas, ¿qué extraño es que se haya tambien extendido á los que no han podido pasar todavía de las segundas? No hemos hecho mencion de Vega, y le hemos dejado el último, para hacer algunas observaciones sobre este escritor, que figura y debe figurar entre los primeros, y que por su conducta poco franca, es hoy objeto de los ataques mas violentos por parte de la prensa. Vega podía haber escrito una obra original, y sin embargo se ha contentado con traducir la *Adriana*, y dar por suya la zarzuela *Jugar con fuego*. Este deslíz le ha costado bien caro, porque se le ha censurado con bastante acritud: un escritor novel hubiera merecido alguna disculpa; un escritor del talento de Vega no merece ninguna. El autor de *Don Fernando de Antequera*, necesita borrar el mal efecto que ha producido su última farsa literaria, y esperamos que así suceda.

¿Será mas fecundo el año de 52 en obras dramáticas? Interin los autores contestan á esta pregunta, daremos cuenta de las últimas producciones puestas en escena en los días de Navidad. *Entre bobos anda el juego*, comedia de Rojas, refundida por don Eduardo Asquerino, y representada en el teatro del Príncipe. La eleccion ha sido acertadísima, y la refundicion está bien hecha. Esta comedia tiene excelentes caracteres, y una versificación brillante. La ejecucion fué de lo mas perfecto que hemos visto en el teatro del Príncipe. Matilde Diez, Julian Romea y Calvo fueron los héroes de la funcion, y el público los colmó de aplausos y los llamó á la escena. Todavía continúan las representaciones, y cada noche se repiten los bravos y palmadas. *Llovidos del cielo*, *Me he comido á mi amigo*, y el capricho lírico dramático *Jugar con vino*, son tres piezas que necesitan de mucha indulgencia, y que solo pueden pasar en semejantes días.

*Jugar por tabla* es la comedia que eligió el teatro del Drama para su funcion de la noche. La representacion de esta obra presentaba el doble interés de haber sido ejecutada en el teatro Español por Valero, y de estar encargado Arjona del papel de protagonista. Fuerza es decir que el campo ha quedado por el primero. En cuanto al conjunto, tambien fué mejor en el teatro Español, porque en este la representaron partes todas muy principales.

La piececita *Por poderes*, original del señor Breton, gustó mucho: tiene algunos chistes, y el diálogo fácil de todas las comedias de tan aplaudido autor.

El *Viaje dramático*, titulado *Por seguir á una muger*, ha dado buenas entradas al teatro del Circo. El pensamiento es el mismo de un *vaudeville* francés, *Un monsieur qui suit les femmes*. Caltañazor es el protagonista, y el público rie hasta no poder mas.

En el Instituto se ha representado una comedia medio original, medio traducida, medio plagiada, titulada *República teatral*. Es una crítica bastante mordaz de lo que pasa entre bastidores, y en atencion al dia en que se estrenó merece alguna consideracion. *A caza de aventuras* es una comedia bastante lánguida, que no merece los honores de la traducción.

Las dos zarzuelas, *La zambra en el molino* y *El Chaval*, son dos mamarrachos insufribles: los libretos y la música están á una misma altura. La señorita doña Pilar Sola cantó con mucha gracia.

El teatro Francés dió una funcion bastante variada. Mr. Lafferrère viene á reforzar la compañía, y por si no basta viene tambien *El panorama del Misissipi*.

El teatro de Variedades se ha visto tambien favorecido del público, con las representaciones del drama bíblico *La venida del Mesias*.

Pasaron las funciones de Pascua, y las empresas tienen que pensar ya con mas seriedad en las obras que han de presentar al público.

El Príncipe prepara una refundicion de la comedia antigua *El escondido y la tapada*. Tambien se cree que para el beneficio de la señora Palma se pondrá en escena una comedia nueva del señor Rubí.

En el Drama se dispone una del señor Breton titulada *La Escuela del matrimonio*.

En el Circo se preparan tambien varias zarzuelas; una traducción del señor Escosura, con el título de *El sueño de una noche de verano*: *La hija de la Zarzuela*, del señor Vega, y otras dos de los señores Rubí y Suarez Bravo.

El público se muestra cada dia mas exigente, y las empresas necesitan para sostenerse dar mucha variedad á las funciones, y sobre todo tener buena eleccion.

F. MONTEMAR.

## Los elementos vencidos.

De nada dudan los hombres de nuestro siglo.

El célebre Guzman, que no admitia obstáculos, ha dejado en el mundo una caterva de nietos, para quienes la palabra *imposible* no tiene significacion en idioma alguno.

Los aeronautas, nuevos Titanes perfeccionados, escalan el cielo dos veces á la semana, sin valerse de las rocas: todavía no son los amos del aire; pero llegará día, á no dudario, en que establezcan en él casas de juego, Montes de Piedad y alcaldes corregidores. No debemos esperar menos de la porfia con que sin tregua ni descanso combaten para conseguir la conquista del elemento que los sostiene contra viento y marea.

Conocidas son las tentativas del inglés Phillips, á quien podemos llamar verdugo de las llamas, para apagar toda clase de incendios, valiéndose del vapor. Si alguno de mis lectores no tiene noticia de esta invencion diabólica, puede examinar el grabado de la primera plana de este número, y en él verá la marimorena que se ha armado en los Campos Elíseos de París para apagar el fuego á fuerza de fuego. *Similia similibus*, se dice hoy á todo; pero lo de la raquina para matar llamas (se entiende llamas que quemen y no las de Robinson), bien merece que en lo sucesivo impere el principio de *aqualia equalibus*.

Tenemos, pues, que pronto podrá pasear cada ciudadano por el aire y por el fuego.

El agua tambien ha experimentado rudos asaltos, y en breve atravesaremos el canal de la Mancha por un camino de hierro. No crean mis lectores que es cosa de broma: hay en Londres planos, proposiciones y debates sobre el asunto, y no tardará en salir á luz el presupuesto del tubo monstruoso; porque es de advertir que el ferro-carril (con dos vías, de ida y vuelta) ha de estar empotrado en un cañon, cuyas paredes deberán tener, cuando menos, un grueso igual á la distancia que media entre Madrid y Carabanchel de arriba.

¿Y qué! ¿No se ha inventado ya el aparato de la *capa-barquilla*? Hé aquí un mueble que se lleva al hombro ó debajo del brazo: llega el portador á un río, estiene el mueble sobre sus aguas, se coloca encima, y anda que es un contento, como si pisase tierra firme. Hasta ahora solo se han hecho *capas-barquillas* para los rios; ya se harán *capotes-navios* para ir desde Cádiz á la Habana. Hé aquí tambien un medio sencillísimo de que los hombres sean anfíbios.

En cuanto á la tierra, hablen por nosotros los que especulan con ella en la Puerta del Sol. Dentro de muy pocos años habrá en el suelo (y esta es hoy una enfermedad universal) tantos agujeros con el nombre de minas, que llegarán á resentirse los cimientos del globo, y este nos aplastará.

Sea de esto lo que fuere, siempre tendrá el hombre la gloria de haber vencido á los elementos.

## Matrimonio de especulacion.

Anacleto de Céspedes y Sarmiento era un joven de hermosa presencia, pero dissipador como un capitán de buque negrero: toda su felicidad se cifraba en vestir cual ninguno y en gozar de todos los placeres que ofrece nuestra corrompida sociedad. Agotáronse no obstante sus recursos, y para hacer frente á sus numerosos acreedores, se casó con la vieja marquesa del Mirto. ¡Alianza ridícula y monstruosa! La marquesa era calva, acartonada, no tenia dientes, ni... pero llevaba á su Anacleto un capital de sesenta mil duros que derrochar, riquísimas joyas y un palco abonado en el teatro Real. ¡Pobre Céspedes! Creía que podría vivir como antes, entregado á las delicias de la vida de soltero, y los celos de la marquesa le martirizaban, ocasionándole mortales angustias y zozobras. Preso el calavera en sus propias redes, maldecía mil veces al dia el instante en que firmara su contrato matrimonial, y envidiaba la suerte de sus propios criados. Por último, no pudiendo aguantar por mas tiempo el carácter y los caprichos de su esposa, se separó de ella: consintió la marquesa, poco satisfecha de Anacleto, pero se reservó la administracion y propiedad de sus bienes; de modo que aquel quedó reducido á la miseria, y no teniendo el valor necesario de ganarse el sustento por medio del trabajo, recurrió al suicidio y se levantó la tapa de los sesos.

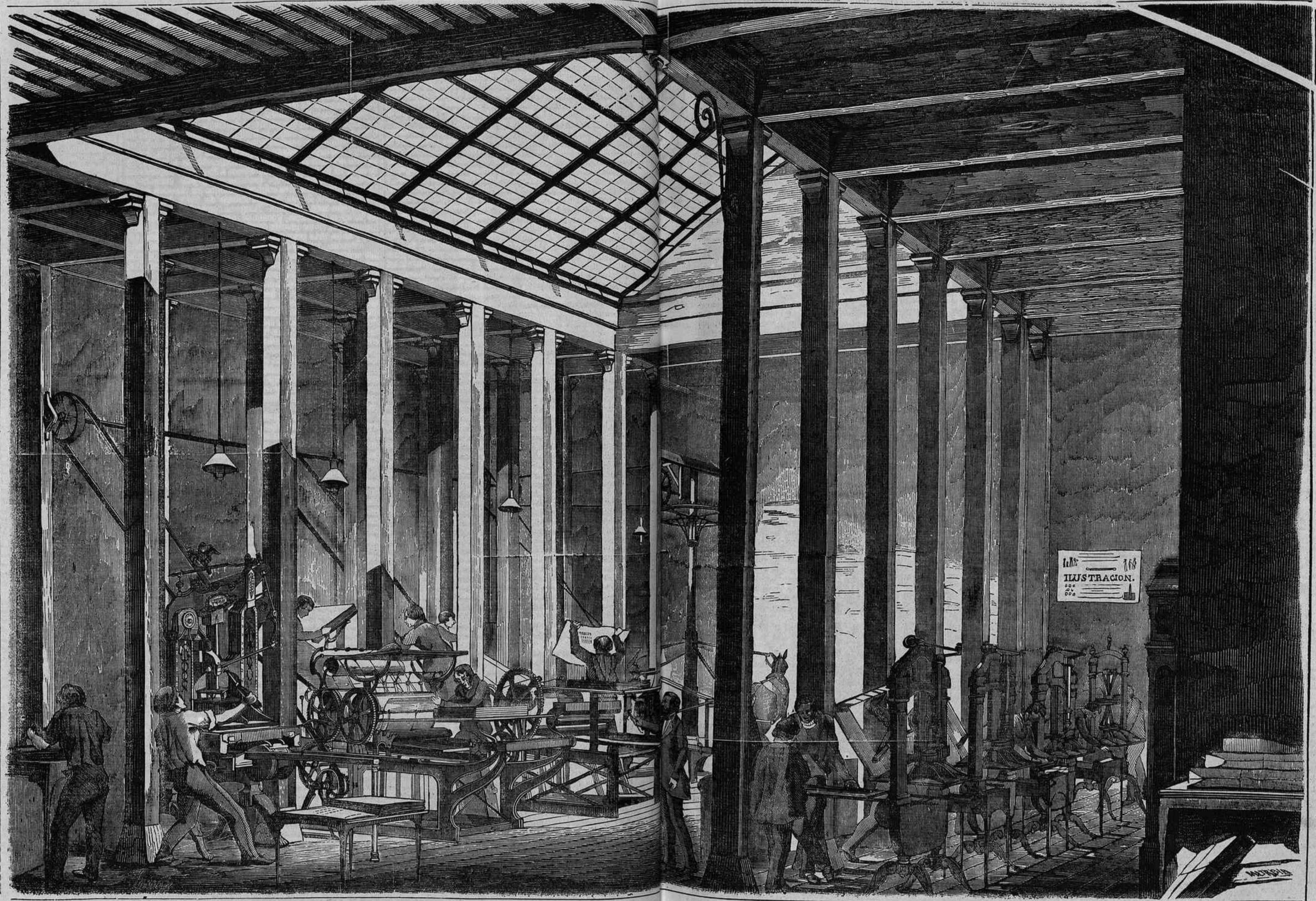
Especuladores de la bolsa del himeneo, hé aquí la suerte que os espera si os casais con viejas Mesalinas.

El grabado que hoy ofrecemos en la primera plana de LA ILUSTRACION representa el experimento hecho en el Campo de Marte de París del *Fire Annihilator*, inventado por M. Phillips, de Lóndres.

El objeto de este nuevo agente del vapor es, como dijimos en uno de nuestros anteriores números al publicar su modelo, apagar toda clase de incendios sin el auxilio del agua.

Por medio de un procedimiento sencillo, se hace salir de la máquiua una inmensa cantidad de vapor que inunda e fuego é impide que el viento y aun el aire atmosférico alimenten la voracidad de las llamas. *Ahogar el fuego*: hé aquí la resolucion del gran problema que llega á conseguirse con el auxilio del vapor.

Esta invencion, como desde luego se comprende, es para todas las naciones de una utilidad incalculable: lo que sobre todo importa, lo que únicamente puede hacerla perpétua entre los grandes recursos que la Providencia ha puesto en manos del hombre para vencer á los elementos, es que los resultados que produzca en la práctica correspondan á las grandes esperanzas de los que ven en el *Fire Annihilator* un adelanto notable, debido al desarrollo que se observa en el estudio de las ciencias físicas.



SALON DE MAQUINAS Y PRENSAS DE LA ILUSTRACION, EL SEMANARIO, LA BIBLIOTECA Y LAS NOVEDADES.

UN AÑO QUE CONCLUYE Y OTRO QUE PRINCIPIA.

OJEADA RETROSPECTIVA.

Reflexiones acerca de varias cosas.

No nos proponemos escribir un artículo de determinadas dimensiones, ni de objeto fijo, ni de índole definida: ni hemos concebido su traza de antemano, ni puesto límites á la materia, ni delineado el esqueleto, por decirlo así, de su estructura.

Entre los muchos recursos que encuentra en sí misma la naturaleza humana para dulcificar en parte las amarguras de su azarosa y frágil existencia, no es el menos eficaz (á mas del sentimiento religioso) esa insigne indiferencia con que generalmente se ve trascurrir el tiempo, cuya rápida corriente nos lleva á la meta señalada.

como los rios en veloz carrera se llevan á la mar. . . . .

Sin ese insensible y perpetuo entretenimiento que distrae los sentidos y afloja la tension del espíritu, ¿que seria de la pobre humanidad á cada año que pasa, cada mes que acaba, cada sol que se pone, cada hora que suena, cada pulsacion de la péndola, cada latido del pecho, tenaces despertadores, y avisadores perennes de la proximidad siempre creciente de nuestro fin?

Esta misma indiferencia es la causa de que los diversos pueblos de la tierra hayan celebrado en todo tiempo con muestras de regocijo ciertas épocas solemnes, tales como el aniversario del nacimiento y el año nuevo, sin considerar que estas alegres efemérides son otros tantos pasos de mas en el corto sendero que conduce al término de la existencia. Y es que la Providencia ha dispuesto de tal suerte el orden maravilloso de las cosas, que todo llena sus altos fines en la gran máquina del universo.

Todo esto por lo que hace al orden físico. Mas si pasamos al moral; ¿cuánta no es la variedad de afectos y pensamientos que entretienen al hombre en el corto camino de su vida! Esa misma incertidumbre que tiene en suspenso sus esperanzas, ese continuo flujo y reflujó de los sucesos, ese choque perpetuo de las pasiones y de los intereses; el afán de inquirir la verdad, el acicate de la ciencia, el estímulo de las artes, las luchas de la política, los afectos de la familia, el amor de la patria, ¿no son fuertes vínculos que le ligan á la existencia y le hacen olvidar la miseria de su destino?

Pero pongamos coto á nuestras reflexiones, pues no sabemos adónde nos conduciría la comezón de filosofar que esta noche trae solevantado é inquieto á nuestro espíritu. Lo cierto es que el hombre ve con indiferencia suma el advenimiento de un nuevo año, y que ya nos encontramos en el 1852 de la era cristiana.

Pocos años habrán escitado tanto como el presente el afán de profetizar, ni aun cuando abundaban los profetas en el mundo. Esta misteriosa cifra se ha venido repitiendo cada vez con mas temor á medida que se acercaba el término de la célebre olimpiada que principió en 1848. Al decir de las gentes mas experimentadas y sabidoras, el año 52 encerraba en su arcano, quién sabe cuantos monstruos y calamidades: de su preñado seno habian de salir revoluciones y trastornos sin cuento para la Europa.—No de otra suerte se esparcieron sobre la faz de la tierra multitud de males encerrados en la fatal caja de Pandora: así salieron del famoso caballo de madera las legiones de argivos que incendiaron á Troya: de la misma suerte inundaron á España las legiones agarenas, al abrir el rey Rodrigo el misterioso arcon donde encontró pintados, al tenor del romance,

Veintidos ó mas vestiglos,  
Non cosas del mundo, no  
Alárabes de á caballo  
Con figuras de espantar, etc.

Ya llegó pues el plazo de tan fatídicas profecías. El tiempo acaba de abrir las puertas del año 52. Veremos si se cumplen los pronósticos, ó si por el contrario estamos destinados á presenciar la segunda edicion del *parturient montes*. Por otra parte, ¿quién sabe si ya el monstruo ha abortado un *ridiculus mus*, como nacido antes de tiempo? De todos modos saludemos al nuevo año y aguardemos á que termine para pronunciar su juicio.

Sobre el que acaba de correr, ya podemos dictar nuestro fallo. El año 51 no tendria grandes títulos á ocupar un lugar distinguido en la historia, sin una circunstancia que en cierta manera le ha prestado carácter. Esta circunstancia no es otra que la de haber antecedido al 52, merced á lo cual ha sido un año de azarosa expectativa. Sin esto y sin el grandioso suceso de la *Exposicion universal*, el año 51 hubiera ido á perderse oscuro é inglorioso en las profundidades del olvido.—Tal ha sido de esteril en grandes hechos así políticos como literarios y científicos, esterilidad propagada tambien al orden

físico por efecto de una larga y constante sequía. Empero ha sido sobradamente fecundo en fallecimientos de célebres personajes.

Como no tratamos de hacer una completa relacion necrológica, no apuntaremos aquí todos los nombres de las personas ilustres que han bajado á la tumba durante el trascurso del año precedente. Sin embargo, nos sentimos arrastrados á consignar tres de ellas, igualmente famosas, así por el papel que han representado en la historia, como por lo dilatado de su vida y las peripecias de su destino, ligadas todas con las vicisitudes de nuestra patria. Son estos personajes, la duquesa de Angulema, el mariscal Soult y el príncipe de la Paz, páginas vivas todavía (hace algunas semanas), de un período de sesenta años, el mas fecundo en guerras y revoluciones que registra la historia. A la primera, hija del infortunado Luis XVI, le ha sido reservado el singular destino de acompañar á sus cautivos padres en la prision del Temple, ver subir al cadalso sucesivamente al padre, á la madre y á su augusta tia; llorar la temprana muerte de su tierno hermano, víctima del rigor de sus enemigos; emigrar al extranjero, apenas traspasado el umbral de la adolescencia, donde tuvo que llorar el suplicio de su cercano deudo, arcabuceado en los fosos de Vincennes, y presenciar la persecucion y desvalimiento del resto de su proscrita familia; asistir á los brillantes triunfos del coloso del siglo; verlo caer para levantarse de nuevo, y volver á despeñarse para morir atado á una roca; celebrar por dos veces la exaltacion de su raza, y llorar otras dos veces su caída; presenciar el asesinato de uno de los suyos; sobrevivir á su esposo y á todos los compañeros y testigos de sus infortunios, y morir por último en el destierro, despues de haber visto sentado en el trono de San Luis y muerto á su turno en la emigracion, al hijo de uno de los jueces de su padre, y oido el juicio de la posteridad acerca de los sucesos en que le cupo un papel tan interesante.—¡Destino singular, lo repetimos, el de la duquesa de Angulema! en la historia evidente no se encuentra otra muger que haya tenido que devorar una tan larga serie de amarguras.—No parece sino que la justicia de Dios escogió su vida como una completa expiacion de toda su raza!

El mariscal Soult, uno de los mas afortunados tenientes del capitan del siglo, era entre nosotros famoso por haber sido de los procónsules que gobernaron parte de la España durante la guerra de la Independencia. El que se halló en tantos y tan reñidos combates, ha logrado al cabo morir tranquilo en una casa de campo, despues de haber sobrevivido á todos sus contemporáneos, y cuando un sobrino del gran emperador se apercebía en secreto á galvanizar los esparcidos miembros del Imperio.

El príncipe de la Paz, por último, ha sido tambien uno de esos seres singulares á quienes concede la suerte el triste privilegio de sobrevivir á sí mismos y oír el juicio de la posteridad. Cuarenta años de destierro, de olvido y de miseria, despues de su estrepitosa caída, son una elocuentísima leccion para la historia, y una expiacion mas que suficiente de los errores que en los dias de su privanza y de su gloria haya podido cometer tan dramático personaje.—Pasemos pues á otro asunto, dejando en paz á los muertos.

El otro acontecimiento que, segun hemos apuntado arriba, señalará el año que acaba de transcurrir, la *Exposicion de Londres*, en nuestro concepto es uno de los mas grandes de que puede justamente envanecerse la civilizacion moderna, monumento insigne levantado, no por el orgullo de esta ó la otra nacion, sino hijo legítimo de los adelantos del espíritu humano.—Semejante suceso significa la soberania del trabajo, esclavo y envilecido en las sociedades antiguas, y que emancipado ya y dueño del mundo, empuña su cetro en medio de las naciones y sube á su trono en el *Palacio de Cristal*, como verdadero soberano.—¡Dichosa nacion! ¡Afortunada Inglaterra, que ha podido unir á sus glorias pasadas y futuras la de haber dado semejante fiesta imperatoria á todos los pueblos de la tierra!—Nueva y mas poderosa Roma, á la cual es mas aplicable que á la antigua el célebre dicho del poeta.

*Hæ tibi erunt artes pacisque imponere morem.*

Semejante triunfo del trabajo humano, si bien solemnizado en el año 51, no es sin embargo la obra improvisada de un dia, sino el resultado de muchos esfuerzos perseverantes en un dilatado trascurso de tiempo, y acaso el carácter distintivo del siglo en que vivimos. Esto nos conduce naturalmente á algunas consideraciones acerca de la calificacion que dará la historia al por muchos títulos famoso siglo XIX. Apenas hemos traspasado los límites de su primera mitad, y ya puede ser calificado de diversas maneras: tantas son las fases que hasta ahora nos ha presentado. Podria llamarse el siglo de las batallas, por cuanto en su principio se han dado las mas grandes y sangrientas que registra la historia: siglo de las revoluciones, porque en lo que va corrido de él, se han realizado en Europa mas trastornos políticos que desde Carlomagno acá: siglo de las ciencias y las luces, porque en nuestros dias se han ensanchado prodigiosamente todos los ramos del saber. Por otra parte, ¿quién puede negarle el título de siglo de la industria y de las artes útiles?

Empero ninguna de estas calificaciones, ni aun todas juntas, bastan á comprender toda la significacion que en el trascurso del progreso humano ha de tener el siglo XIX. Renunciemos pues á calificarle, dejando esta árdua tarea á las generaciones futuras. Entre tanto podemos descubrir en él cierta tendencia que acaso sea la reguladora de su destino. Esta tendencia es cierto espíritu de igualdad y de nivelacion que va traspirando por todas las instituciones y abatiendo cada dia mas las eminencias individuales. Así vemos que por grande que sea un hombre debe renunciar á la gloria de dar nombre á este siglo. Si Leon X lo dió al XVI; si Luis XIV al XVII; si Voltaire y los enciclopedistas al XVIII; nadie hasta ahora ha podido darlo al XIX, ni lo creemos probable en lo sucesivo. Napoleon, con ser tan grande, apenas ha podido llenar el espacio de tres lustros.

Hay que notar tambien (y con esto terminaremos nuestra tarea) como prueba de lo que acabamos de asentar, que á medida que adelanta el tiempo, van escaseando los hombres eminentes. Todas las que han ilustrado el primer tercio del

siglo han desaparecido sin dejar sucesores. Napoleon el Grande, Schiller, Goethe, Biron y otros muchos, han legado á la medianía la magnífica herencia de su genio.

CALIMACO.

EL ESCRITOR Y EL MUNDO.

CARTA Á UN POETA.

Ello parece paradoja, mi querido Cándido; pero la verdad en el mundo solo sirve para ayuda de la mentira. Dígotelo porque sepas cuán cierto estoy de la acogida que tendrá esta carta. Mis verdades solo serán incentivo de tus ilusiones: es decir, de tus mentiras.

¿Con que vienes á Madrid? ¿Con que truecas tu oficina y tu reposo á la vida literaria y al bullicio de la corte? Sana intencion... porque tu salud es buena. ¿Como quien no dice nada! ¿Dejar de sopetón esa vida monótona y agreste, desde esa sociedad indefinible y empalagosa, á una vida de emociones y de triunfos, á una sociedad mas refinada que el azúcar del café Suizo! Comprendo la alegría que llenará tu corazón. Para un jóven de talento, para una inteligencia elevada, para una alma que rebosa fé, no hay campo digno sino los grandes centros sociales. Allí las llagas del mundo se sonean mejor; allí está mas abierto el gran libro que tanto enseña. Filósofo, puedes observar el derrotero que lleva la humanidad; cristiano, puedes llorar tus extravíos; poeta, puedes traducir sus gritos de esperanza y sus ayes de angustia en la lengua de los dioses. Esto es en verdad picante cebo para las inteligencias luminosas, para los corazones honrados. No es verdadero poeta el que no ha soñado alguna vez que guiaba á los pueblos al son de su lira á una tierra de promision.

Mirados por este prisma, el reposo de tu país, y los espedientes y las cartas de pago, son, no ya prosáicos, porque esto lo han dicho muchos, sino indignos del hombre y de su grandeza.

Examinemos tu vida actual. Te levantas á las nueve, y á la oficina, donde entre cuatro madrigales y dos soneticos de circunstancias, te sorprende la hora de tomar las once. ¡Horrible necesidad! Ya mas restaurada y fortalecida tu ciencia escribientil, porque llega el jefe, que es puntual y riguroso por extremo, te pones relunfuñando á hojear un mamotreto, que por ensalmo, como la muger de un empleado pobre, te pare uno, dos, y acaso mas tomos de la *BIBLIOTECA UNIVERSAL* (que, entre paréntesis, he visto ingertada en mas de un legajo y en mas de una oficina, porque parece inventada para defraudar al presupuesto); te los pare, digo, y en acristianarlos y darles el besito de ordenanza, te se van hasta dos horas, con que restar una hasta la de tomar las de Villadiego. Como sé que eres chico de prendas y que sabes dónde le debe de apretar el zapato á los oficinistas, juro que en esa hora haces maravillas. Yo lo he visto por mis propios ojos, cuando estábamos juntos, allá en los tiempos en que Dios quería. ¿Te acuerdas de aquella vez que pusiste en un pasaporte: *Dése libre y seguro pasaporte á Martin el Espósito, que viaja acompañado de su ama de cria?* ¿Recuerdas aquel famoso recibo que tan en gracia le cayó á nuestro jefe, aunque no lo vió hasta que le hubo firmado: *Recibi de don José Zorrilla, alcalde de la aldea de... cien rs. por el trimestre de la contribucion etc.* Por cierto que tu *zorrillismo* fué salvador para nuestro jefe, que iba á cometer una injusticia cobrando la contribucion á un pueblo que habia votado bien en las últimas elecciones. ¿Te acuerdas de que puso tu recibo en el legajo de los libros de pago por orden reservada?

Como digo, con estas faenas, con este tragin del demonio, llegas á tu casa echando los bofes, y apenas tienes gana de comer, porque te escediste en el piscolavis de marras. Por la tarde, solo, ó con tus compañeros de oficina, sales á lo que en vez de paseo llamas tú poéticamente *solaces de un prisionero*. Nada mas justo, y Dios, suma justicia, te dejará balcones atestados de bellas ninfas á quien guñar el ojo, y ninfas bellas transeuntes á quien decir cuatro chicleos. A la noche, ya se sabe, das en el café, ó en la tertulia, de donde sales horrorizado con la idea del mañana y de la oficina. Esto sin contar otros solaces provincianos á que te lleva tu aficion al parte y al registro.

¡Vida cruel! ¡Vida mil veces peor que la muerte, como dice un poeta rentístico!

¿Es vida á manos morir de legajos y papeles, y escribir, siempre escribir zedas, haches, jotas, eles, que nada quieren decir?

A la verdad que la alegría con que me anuncias tu venida, prueba mejor que versos ni prosas cuán perra vida debes de llevar ahí. Para todo tienes talento y corazón, hasta para oficinista, y te sobrecargarán de trabajo, y apenas apenas podrás leer un tomo cada dia. ¿Cuando digo yo que en esta cadena del mundo los últimos eslabones solo sirven para dejarse arrastrar de los primeros!

Tú no estás por Fray Luis de Leon, y te felicito. No eres fraile, y aunque por lo empleado debieras tener cariño al *dolce far niente*, prefieres mear el plectro y tener descansada vida en medio del mundanal ruido. Antítesis ingeniosa, digna de una sanguijuela del Estado; pero vamos á cuentas, querido Cándido, que me canso de andar por las ramas. ¿Tú vienes á la corte como eras ó como debes de ser para venir? Con tus fraques de provincia y tu sombrero de ala de mosca, que te dejarás sin duda por allá para no horrorizarme. ¿dejas tambien tus ilusiones, la bondad de tu corazón, tu fé y tus esperanzas? Espero que sí, porque en las diligencias que vienen á la corte no se admite ese cargamento, que aquí es contrabando; pero si lograste burlar á los mayores y traer todo ó parte en algun rinconcito del baul, te espones á gravísimas contingencias, y entras desde luego con mal pie en Madrid, pues ese contrabando rara vez se les escapa á los carabineros.

No sé por dónde empezar á decirte lo que te aguarda; pero ya que eres poeta, de los escollos poéticos te hablaré.

¿Te ha pasado alguna vez por el magin que el que escribe mucho siente poco? ¿No crees como yo que la inteligencia se resiste á ver sus hijos en manos de todo el mundo,

como las madres demasiado tiernas ó demasiado egoistas? En ciertas ocasiones solemnes, el día por ejemplo que perdiste á tu padre, ¿el dolor en tu mente de poeta no se traducía en una música más sublime que la de Homero y de Dante, en un raudal de poesía cuya fuente y cuyo límite estaban en tu corazón y en tu inteligencia, sin que pudieras darle forma para tí mismo, ni trasladarlo á tu lengua, porque antes de tocarla la abrasaba? Yo también he experimentado este raro fenómeno, yo también para mis adentros he cantado en tonos divinos, y conocí al modularlos que la poesía fué puesta por Dios en las imaginaciones, como el órgano en sus templos, para que nunca saliera de allí, para que nunca se mezclaran sus armonías á otro aliento que el que los engendró. El órgano fuera de la catedral es ridículo; la poesía trasladada al papel no representa el talento del hombre, sino un giron que se le cae. Muy cortos se quedan los que llaman divino á Homero, al Tasso y á los grandes poetas.

Pues al ver vestidas de arlequin todas las esquinas de la corte, al ver que no se da paz ni á las prensas ni al teatro, debes de inferir precisamente, ó que la inteligencia es aquí gigante, ó el sentimiento pigmeo. Tus ilusiones reviven, tu corazón se ensancha, y ves la gloria en esas esquinas brindándote con su primer halago... de piedra. Corres, y compras un libro de los anunciados, y te dice el librero que es el único que vende; compras otro, y te cuesta doble precio y favor singular; y encuentras en el desdén del público todo un libro, y en el favorecido un cuaderno de papel. Reflexionas, y reflexionas sin atinar con la causa; pero descuidada, que se saben muy pronto en la corte las verdades tristes.

Para escribir tu primera obra quieres ver al público frente á frente, y le buscas en todas las partes donde no se encuentra. Vas al teatro, que es como si dijéramos su patria, y le preguntas:—¿qué es de tu agrado?—y por respuesta le ves aplaudir á rabiarse lo obscuro, lo inverosímil, lo absurdo. Ves que el adulterio le interesa, que el ridículo del hombre honrado le hace reír, que goza con las vulgaridades y los enredos macarrónicos, que los chistes verdes le desternillan de risa, y por último que coge el sombrero al llegar la moraleja final, si la comedia la tiene, que es muy rara vez. Echas cuentas contigo mismo, y aunque te seducen los triunfos teatrales, porque son los únicos triunfos verdaderos, los únicos que, como dice Alfonso Karr, conmueven hasta la médula de los huesos, abjuras del teatro, porque sospechas que aquel no es el público. Bastante virgen, bastante bueno todavía para fiar el éxito de una obra de los esfuerzos nímicos de tal actriz, de los pulmones de cual, de la gazmoñería de fulana, que solo está feliz en el desmayo,

de la arrogante figura del galán, de las aleluyas del pintor, ó de los *tours de force* del maquinista; hijo amoroso del arte, que no quieres prostituirlo hasta la farsa, que no empleas tu ingenio en amontonar situaciones inesperadas, anagnórisis increíbles, chistes obscenos, y todo en una cosa que tiene de poesía ó de lengua castellana lo que tienen de piedra las estatuas de Praxiteles, abjuras, como llevo dicho, del teatro, y te echas por esos trigos de Dios á buscar el público para tí posible, el público del libro, que lee, y reflexiona, y juzga á sus solas friamente, sin prevenciones favorables ni contrarias, sin mirar siquiera el nombre del autor. Entonces sin poderlo remediar te se acuerdan tus compañeros de oficina, aquellos hombres de pluma, ó mejor, aquellas plumas de hombre, que con sus manguitos raídos y sus anteojos calados se pasaban las mañanas enteras llorando á lágrima viva con *Maria ó la hija de un jornalero*, con *Los misterios de París*, ó con *El Judío errante*, que son tres libros distintos y uno solo verdadero (aun me parece que se podría rebajar algo de esta cuenta); pero ni por esas desmayas. «Aquel no es el público, dices: el público es el buen sentido, es la quinta esencia del criterio humano;» y aunque conoces también que la traducción del buen sentido está en el bolsillo del público, y que por ende esas novelas, puesto que las compra, son las mejores para el criterio de su señoría, prosigues, como el filósofo de la linterna, vera efigies, última ratio, burla cruel de la humanidad ignorante, prosigues buscando tu público, tu hombre.

¿Y adónde vas? ¿Tan fácil de encontrar te parece el hombre? Pasaste á su lado y no le viste. En el libro malo, aplaudido, y en el bueno, desdénado, allí estaba el hombre, allí estaba el público, solo que tu orgullo te impidió verlo, porque te se parece como tu cuerpo á tu sombra. Ciego lo creiste: y es verdad, ciego como tú que le ves y no le ves. Las virtudes de todos los hombres juntos, apenas bastarían á formar un hombre como lo concibe el mas necio de todos. ¿Y por qué? Porque nos tenemos en opinión muy alta, y en muy baja á las virtudes.

Pregunta á ese público cómo ha de ser el libro que él compra. Su respuesta te asombrará. Es necio y quiere una obra sabia, porque tiene á los escritores en mas de lo que son, y se aprecia á sí mismo en mas de lo que vale. Sin embargo, vele que compra una que es tan necia como él, porque está ciego.

Su retrato, piensas tú, su vida, su pensamiento, sus pasiones, deben de formar un sabroso libro, que él comprará sin duda. Y lo escribes. Retrato en verdad, pero retrato de tí mismo, retrato de tus miserias: te crees todo un público, y te pintas para pintarle á él. ¿Qué sucede? Que te lo desdena, como te desdena á tí, como tú en su lugar harías con él.

¡Ay, Cándido, amigo mio! no es el escritor el que hace los libros, sino sus lectores. Esta es una de las verdades mas horribles que enseña la vida literaria. El público es egoista, y quiere gozar él, no que goce el escritor. Aquí tienes por qué menosprecia la poesía lírica. Aquí tienes por qué la literatura francesa está sobre la española; porque sus autores escriben para el público: su corazón es su bolsa.

Ellos lo entienden. Acaso habrás tú hecho, como yo, una observacion tristísima. La individualidad, que tan alta pone la literatura francesa, es la muerte de la española. En esto se las puede comparar con el mendigo y el petardista, con el hombre honrado y el pillo. El escritor francés dice:—Yo vengo á divertir: yo vengo á haceros sentir: buscadme: admiradme.—El escritor español dice: Yo vengo á instruir: yo vengo á sentir con vosotros: yo os busco: escuchadme.—Aquel representa á su pueblo tal como es; este representa también al suyo, tal como fué.

Si este raciocinio necesitara de prueba, mi querido Cándido, te recordaría que todos los que se han salido de este carril, acá como allá, han muerto jóvenes, con el alma consumida y el corazón destrozado. En España Figaro y Espronceda; en Francia Soulié y Balzac. La verdad no perdona á quien le dice:—te conozco. El público moderno, como un viejo gastado y verde, tiene las mismas caricias para la virgen amorosa que para la prostituta descocada.

En nuestros días, mal que nos pese, y á él también le llegue á pesar, ha hecho de la literatura una caja de Pandora. Así como en los de la degradacion romana las mugeres iban desnudas para reanimar los apagados deseos de aquellos hombres envilecidos, así la literatura necesita ser hoy un cáustico, una moxa, porque el público está moralmente tísico, y semejante á esas sustancias venenosas que solo pueden entrar en composicion con otras mas venenosas todavía, solo deja penetrar en su corazón encallecido plumas mojadas en hiel! Ya el escritor no es el médico que con rícepes cura: es el cirujano que con el escalpelo saja.

¡Cuántas inteligencias elevadas, cuántas almas puras deben de agostarse en flor, al soplo de esta bacanal, donde en vez de néctar se beben su propia sangre, sus ilusiones y sus creencias! Desencajada la sociedad, rota la brida de sus pasiones, el poeta no debe ni aun llorar en público. Byron y Goethe eran mas felices que nosotros, y por eso pudieron hacer de los desesperados.

¡Cándido, en tu nombre solo llevas tu sentencia de muerte! Ha vuelto el tiempo de los juglares. La literatura francesa es la mas celebrada, porque es la mas prostituida. ¿Qué puedes esperar de un país donde escribió y publicó un literato muy célebre:—*He cortado mi pluma de periodista, ¿quién me la compra?*

En cambio tú, que tienes tanto talento como él, escribes para dar expansión á tu alma, cuentas tus sueños porque vives de soñar, sientes para saberlo tu mismo, no para decirselo al mundo, y ¿qué alcanzas? ¡ay! el desden, sino la burla, la espina mas punzante de la corona del genio. ¡Desdichado el que piensa en la gloria! Y ¿quién sabe si esto será un castigo de la inteligencia por entregar sus hijos á manos mercenarias? Yo tengo para mí que nuestra organizacion moral copia mejor al cielo y al infierno que todas las parábolas de *La Biblia*, que todas las mitologías habidas y por haber.

Aprendámoslo de una vez. El egoísmo, rompiendo todos los lazos sociales, rompe también el del escritor con el público. Si se nos importa un bledo del prójimo, ¿qué interés nos inspirarán sus emociones? ¿Quieres, sin embargo, ser escritor? Sé máquina, sé escribiente, como cuando hacías cartas de pago y pasaportes para *Martin el Espósito*. Que el público sea tu jefe de mesa. Copia sus minutas sin quitarle ni ponerle. ¿Dice haches? haches, ¿dice erres? erres. Embellecer el hombre, poetizarle, es la mayor tontería del mundo. Y acaso tendrán razon. ¿Quién enmienda á Dios la plana? El le hizo feo, bien está así.

Ea pues, amigo mio, todas esas ilusiones, toda esa fé, esas creencias, á un lado, si has de ser escritor. Antes te recogías para inspirarte en tu imaginacion: recógete ahora en el bolsillo del público. Cuéntale historias horribles, como él; píntale gentes sin corazón, como él; farsas estúpidas, como las tuyas; situaciones violentas, como la suya; almas tísicas, consumidas por la sierra de pasiones sin freno, como las tuyas; mugeres, en fin, como las tuyas, que escuso decirte lo que son, porque tú bien lo sabes. Ten por seguro que al que hace mal todos le quieren bien. ¡Ya verás cuántos aplausos y cuánto dinero! Y si en secreto lo lloras, si tu corazón estalla en secreto, porque teme asustar al público, también te consolarás, amigo mio, que los duelos con pan son menos.

VICENTE BARRANTES.

**Amor, pipa y hojuelas.**

En el quinto piso de una casa del barrio latino, en uno de esos agujeros mal sanos cantados por los poetas, en una buhardilla, en fin, vivía la señorita Adelaida, confeccionadora de camisas, jóven que no era positivamente muy bonita, pero que poseía cierto aire de malicia, y una nariz remangada, que trastornaba los corazones de los estudiantes, ya que no podía trastornar los imperios.

Enfrente de ella vivía el jóven Arturo, que habia llegado á París con pretexto de estudiar el derecho. Siempre que se asomaba á la ventana, distinguía la coqueta nariz de Adelaida, y aquella perspectiva le atormentaba infinito: en consecuencia lanzaba á su vecina bocanadas de humo de su cigarro.—«Anda, cefrillo, decía al mismo tiempo, y lleva á mi amada los sueños de mi rendido corazón: anda y di á Rojelana que quisiera ser su sultan.»

Pero Adelaida no queria aparentar que le veía; mirábale sin embargo al soslayo, y proseguía cosiendo con la mayor inocencia del mundo.

—Señorita, la dijo un día, necesito renovar mi ropa blanca. ¿Quiere usted hacerme una camisa? Pasaré al cuarto de usted para la medida.

—Es imposible.

—Pues en ese caso venga usted al mio.

Pero la ventana se cerró. Arturo arrojó el Código al suelo lleno de ira. ¡Pobre Código! ¡Como si él tuviese la culpa!

El jóven hizo en seguida mil desatinos, y entre otro, el de dibujar en las paredes de su habitacion una infinidad de narices remangadas y de corazones atravesados con flechas. ¡Vano homenaje tributado por el arte á la hermosura! Adelaida no parecia sensible á semejantes pruebas de amor, pues cuando Arturo la encontraba, huía como una cabrilla asustada. A pesar de esto, sus miradas no eran amenazadoras y su nariz no presentaba un aspecto cruel.

Arturo, no obstante, se despepitaba, hasta que por fin la rabia le inspiró una resolucion grande. Eran las nueve de la noche del sábado de carnestolendas: el estudiante entró en casa muy calladito, pero en vez de abrir la puerta de su cuarto, llamó á la de su vecina: ¡Pan! ¡Pan!

—¿Quién va?  
—Soy yo.  
—¿Quién es usted?  
—Yo.

Abrió Adelaida, pero al conocer á su vecino hizose dos pasos atrás.

—¿Qué viene usted á hacer aquí? le preguntó.

—Hojuelas.

Y dicho esto, entró y cerró la puerta.

—Pero, caballero, yo no conozco á usted... hágame el favor de retirarse.

—¿Y por eso me despide usted? ¡Ah! Si me conociese, me haría usted permanecer. Vamos, aquí traigo harina.

—Pero...

—¿Qué diablos! Yo soy un excelente muchacho: también hay huevos en mi sombrero, porque... entre vecinos... ¿eh?... y hé aquí el azúcar y una botella de magnífico vino blanco. Supongo que no faltará alguna sartén...

—No... no falta... mas...

—¿Qué! ¿No es usted aficionada á hojuelas?

—Sí... pero...

—Vamos, venga leña: á mí se me debe la invencion de los corazones inflamados...

—¡Caballero!

—¿La gustan á usted mas los buñuelos? ¡Qué picarilla!... Ya se ve... entre vecinos... ¿Fuma usted?

Arturo señalaba una pipa colgada en la pared.

—No señor; es un recuerdo de familia.

—Quiero fumar en ella.

—De ningún modo.

—Bueno; hagamos hojuelas.

Adelaida medio conmovida respondió:

—Hagamos hojuelas.

—¿Y dónde preparamos la masa?... ¡Ah! En esta cubeta. Vamos, bata usted.

—Ya; pero me canso.

—Beba usted un poco de vino blanco... ¡Diablo! ¡Que hermoso pelo! Ea: voy á fumar en la pipa.

—Cuando digo que no puede ser...

—Lo siento: sostenga usted la sartén... bueno; ya basta, pues la masa se dora: afuera, afuera. Coma usted la primera hojuela.

—No: partamos.

—Con mucho gusto; bebamos también. ¡Ah! Solo tenemos un vaso. Tanto peor... Con que... ¿fumo en la pipa?

—No: haga usted cigarros.

—¿Para qué?

—¿Sabe usted cantar?

—Quiero fumar en la pipa.

—La va usted á romper.

—No por cierto.

—¿Tiene usted otra en su casa?

—No, no, no.

—Pues bien, fume usted, pero cuídela mucho.

Al siguiente día estaba la calle llena de gente: dos jóvenes luchaban á puñetazos y nadie podia separarlos: uno era Arturo, y el otro un tal Fernando, que se quejaba de él porque habia roto su pipa. La autoridad se presentó y fué insultada por Fernando, á quien llevaron á un cuerpo de guardia condenándole á 50 francos de multa.

El infeliz no comió hojuelas y le rompieron su pipa. ¡Fiasos de las narices remangadas!

**La cuerda del ahorcado.**

Habiendo sido despedido el mayordomo de una gran casa, se ahorcó de sentimiento. El comisario de policía se enteró del hecho, dió parte, y el cadáver fué sepultado. Pero ¿qué sucedió despues? Que todas las comadres del barrio quisieron poseer un pedacito del instrumento con que habia puesto fin á sus días el infeliz mayordomo, suponiendo que la cuerda del ahorcado preserva de malas caídas y tropiezos.

Al día siguiente la tia Bibiana pasaba por cierta calle y llevaba en el bolsillo de la saya el talisman prodigioso; de pronto se encontró sin saber cómo entre dos coches; por huir de Seila dió en Caribdis, y las ruedas de uno de los vehículos le rompieron un brazo y la cabeza, de modo que le llevaron al hospital sin esperanza de vida.

Al saber este triste suceso, todas las comadres del barrio del ahorcado arrojaron al fuego los pedazos de cuerda que conservaban.

**Descubrimientos científicos é industriales de 1851.**

Además de los que dejamos esplicados en LA ILUSTRACION, debemos consignar los siguientes, como complemento de los adelantos hechos en el año que acaba de espirar.

*Sustitucion de la potencia electro-magnética al vapor.*—El sabio profesor anglo-americano Mr. Page, ha consagrado largos años de estudio á la solucion de este problema, que tanto simplificaría la locomocion por los ferro-carriles.—En Washington se ha verificado hace pocos meses un experimento en que el público ha visto funcionar una máquina movida por aquella nueva fuerza. Es verdad que antes de comenzar, el profesor Page anunció al público que se habian roto dos piezas de la batería de que iba á valerse, razon por la cual no podia hacer un ensayo satisfactorio de su aparato. Sin embargo de esto, la locomotriz se puso en movimiento, sin ruido ni sacudimientos, y recorrió lentamente una estension de dos ó trescientas varas. Despues de una pausa volvió atrás, tomó otra vía, avanzó en la direccion de Baltimore, y regresó por último al embarcadero.

Es imposible desconocer la inmensa importancia de este experimento, cuando se piensa que las primeras tentativas hechas para la aplicacion del vapor á las locomotrices, no fueron ni con mucho tan satisfactorias. En nuestro concepto este es el acontecimiento científico-industrial mas importante que ha ocurrido hace muchos años.

*El alcohol aplicado á los caminos de hierro.*—Otra innovacion se ha introducido durante el año 1851 en el ferro-carriil de los Estados Unidos que conduce al lago Trié. Consiste en usar por combustible el alcohol en vez del carbon de tierra. La produccion del alcohol en aquel país es mucho menos dispendiosa que la del carbon, y aquel agente da el calor suficiente para producir vapor con todas las condiciones que se requieren.

# REDOWA.

PIANO.

The musical score for 'Redowa' is presented in piano. It consists of seven systems, each with a treble and bass staff. The key signature is one flat (B-flat), and the time signature is 5/8. The score begins with a piano (p) dynamic marking. The melody in the treble staff is characterized by eighth and sixteenth notes, often beamed together. The bass staff provides a harmonic accompaniment with chords and single notes. The piece concludes with a double bar line and the word 'Fin.' written in the treble staff.

ESPOSICION UNIVERSAL.

De España y sus naturales recursos; de su actividad, originalidad y porvenir.

I.

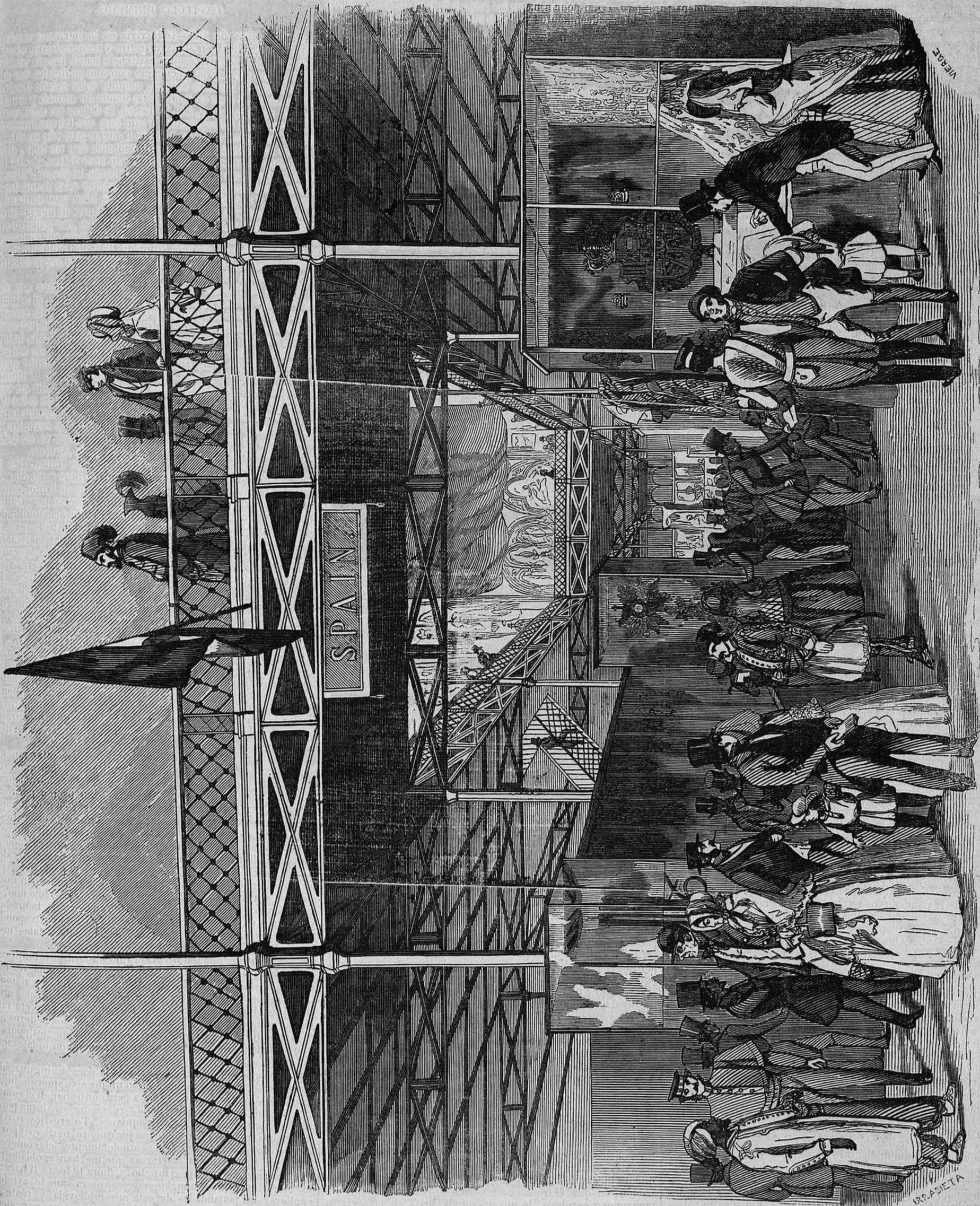
Hasta ahora nos hemos dedicado principalmente á recorrer la Esposicion de Lóndres para examinar los objetos en ella presentados; para ofrecer á nuestros lectores el curioso y pin-

toresco cuadro de los productos de cada pueblo, á fin de que formasen una idea del hecho material que resulta de sus trabajos: no ha concluido todavía, antes está en los principios, la rica coleccion de grabados que representan dichos productos.

Ahora debemos principiar el examen moral y psicológico de las naciones, estudiar su naturaleza y descubrir sus tendencias, bien pidiéndoles cuenta de su negligencia, bien consignando su actividad en la grande obra que Dios les ha en-

comendado, concediéndoles con largueza recursos naturales, que han debido aplicar al desarrollo de las artes y de la industria.

Examinar los trabajos de cada pueblo y encontrar la originalidad de ellos, su historia y costumbres en las producciones que da á luz, es una leccion profunda; ya hemos dado algunos pasos en este camino; ya nos hemos ocupado de los Estados-Unidos y de Rusia, al paso que espiamos á la vista



Vista general del departamento que ocupaban en la Esposicion Universal, los productos pertenecientes á España.

producciones de diverso orijen: antes de esto era inútil en efecto entrar en el fondo de la cuestion, seguir los instintos de tantas naciones, preguntar, por ejemplo, á la Inglaterra cuál fué el objeto que se propuso convocando los pueblos á ese gran torneo: en una palabra, acertar el enigma. Creemos sinceramente, y por eso lo decimos, que la Inglaterra, abriendo sus puertos á las producciones del globo, ha dado un gran paso de generosa iniciativa.

No ignoramos que se ha supuesto por aquellos que desconocen completamente el idioma de la razon y del buen sentido, que el único empeño de la Inglaterra era sorprender, por medio de un gran concurso, los procedimientos del arte extranjero, apropiarse sus invenciones, aprovecharse de ellas, é inundar mas tarde el mundo con obras semejantes que rivalizarian con los productos nacionales, comprometiendo traidoramente el trabajo y la riqueza de las demás naciones.

Esta suposicion es una calumnia tan evidente como indigna. No; la Inglaterra no es capaz de semejante felonía, y los cálculos de fe púnica que se han atribuido á esa nacion, no han podido abrigarse por los hombres que se han colocado al frente de aquel gran pensamiento.

Lo que la Inglaterra ha querido, lo que ha buscado, ha sido resolver, en lo posible, el gran problema que persigue hace muchos años, el libre cambio; y ha creído que la con-

urrencia universal bastaría para hacer que las naciones destruyesen recíprocamente las barreras de las prohibiciones.

Este pensamiento prueba que los ingleses conocen perfectamente el corazón humano, pues es evidente que el congreso de los intereses materiales se ha formado por su llamamiento, y que en el palacio de Hyde-Park se han encontrado frente á frente amigos y enemigos del *free trade*, problema del equilibrio, único verdadero de la cuestión que ha permanecido á toda su altura.

Los países demasiado productores han podido examinar si aquellos en que el trabajo está menos adelantado deben sacrificarse á una doctrina, cuyo fondo es generoso y liberal, mientras que los pueblos, cuyo trabajo material carece de las primeras materias, han examinado si se hallan en el caso de proseguir en su empeño productor.

Establézcase el equilibrio, y se verá que la Inglaterra en 1851 ha sentado la base de una reforma, que no será el libre cambio, sino el libre contrato formado entre los pueblos, en proporción de sus riquezas naturales.

Hé aquí los resultados de la Exposición de Londres, el cual nos conduce naturalmente á examinar el espíritu y el carácter de cada nación.

Este análisis es en efecto el corolario preciso de los trabajos que hemos emprendido: es muy sencillo y natural que procuremos darnos cuenta del carácter, tendencias y recursos de las naciones, á fin de calcular su respectivo contingente en los dominios del arte y de la industria, y creemos que cuando aquellos principios se deslinden como corresponde, se realizará también el acuerdo general de los pueblos para el arreglo de sus producciones.

## II.

¿Qué pueblo puede considerarse mas afortunado que España, que encuentra realizados, por la naturaleza de su suelo y por su situación geográfica, los maravillosos recursos del Norte y del Mediodía? En el centro de la Península, así como en sus cordilleras, se encuentran terrenos análogos á los países septentrionales; bajando hácia el Atlántico y costas cantábricas, se hallan sus regiones templadas y húmedas, tan propicias para la variedad de sus pastos y labranzas; en las inmediaciones del Mediterráneo se respira el ambiente embalsamado de los trópicos, en medio de una vegetación riquísima de naranjos y de cañas de azúcar. La naturaleza ha formado en estas comarcas, y bajo las pliegues de sus deliciosas montañas, verdaderos jardines, en que las plantas, las flores y las verduras se disputan el terreno. Hé aquí la naturaleza física de España.

## III.

Examinemos ahora al hombre, veamos en los recursos que nos presenta su naturaleza personal, si la industria y las artes tienen en España lo necesario para el progreso de estas dos grandes inspiraciones, cuya alianza apetecemos.

¿Qué necesita un pueblo para que se revele á sí mismo los misterios que Dios le ha confiado? Dos cosas: el elemento material y el sentimiento moral.

Se ha acreditado el principio de que un hermoso cielo, las delicias de una vegetación prodigiosa y las dulzuras del clima, son los motivos del *far niente* en los pueblos del Mediodía. El italiano duerme sobre las arenas de la playa de Nápoles; el veneciano pasea en su góndola, y se aduerme también en las lagunas al sonido de los remos; el siciliano y el romano han olvidado su origen, y todos esos pueblos, en fin, llenos de sávia y colmados de riquezas naturales, no son, según ciertos críticos, mas que naciones degeneradas, nulas, sin fuerza, sin vida y sin porvenir.

La misma España, dirán algunos adeptos de esta escuela paradójica, no debe inquietarse respecto al desarrollo de sus recursos, porque con bajarse tiene hecho lo suficiente para coger: puede pues embozarse en su capa y soñar, ya que la naturaleza provee á todas sus necesidades.

Es un error.

Dios, que todo lo hace bien, no ha querido que los pueblos privilegiados dejen inertes los elementos de progreso que les ha concedido, y que en cada uno de ellos descubren nuevos misterios de su providencia. Los pueblos, á los cuales, como á España, arrancan de su trabajo las guerras civiles, no pueden ser tenidos por hijos ingratos ni olvidadizos: no desconocen por eso sus privilegios ni los grandes recursos de su noble carácter. Algunos pueden sucumbir, como la Italia, porque se ven heridos en el corazón, lamentando los males que producen las agitaciones y las discordias intestinas: entonces aparecen descuidados y apáticos.

Pero no creáis en ese sueño ni en esa distracción profunda. Esperad á que se restablezca el sosiego; conceded la libertad de acción y el sentimiento de su fuerza moral á esas pobres naciones desgarradas, y acordaos que la Italia es la cuna de las artes, y que la España es el modelo de la industria: acordaos también de que en estas dos regiones benditas, en estos oasis de la tierra, donde todas las riquezas del terreno y todos los resplandores del sol se reparten profusamente, las artes y el comercio hicieron por espacio de siglos, tributario de sus producciones al mundo entero.

Examinad lo que hoy acontece en España. Por todas sus provincias se extiende el estudio de las ciencias tecnológicas; se establecen cátedras de geometría y de mecánica, así como academias de dibujo; Madrid cuenta con centros de porvenir para las Artes, y la desgracia del destierro ha llegado á introducir una mejora en su estado industrial: los emigrados que han vuelto á la patria, han llevado consigo nuevos elementos de trabajo, nuevos métodos industriales, estudiados en países extranjeros.

Sin duda ha habido para España momentos de paralización durante sus luchas intestinas; la *politicomanía* ha desnaturalizado también las tendencias de esta nación original, y se ha visto un empeño decidido en destruir las costumbres primitivas, en hablar únicamente de caminos de hierro, y en maldecir las *corridas de toros*, calificándolas de *bárbaras*.

Los hombres políticos se habían transformado y no se notaban esos arranques, esas verdades que constituyen las mas bellas cualidades de la naturaleza española. Tantos absurdos se han cometido que hasta llegó el caso de que un oficial se volvia de Francia á España, dijese con imperturbable aplomo, lamentándose de la ignorancia de la última: «¡Pobre patria! No somos mas que tres los que comprendemos el... furierismo.»

Hé aquí las locuras que produjo la guerra civil, esa guerra que durante diez años diezmoó infinitos hijos á la España. Las altas clases de la sociedad batallaban también ó huían al extranjero. ¿Qué podían hacer las artes y la industria en medio de tantos padecimientos y de tan misero abandono?

## IV.

Peró no bien la calma sucede á la agitación de los partidos, cuando la España renace; su alma se dilata entre las artes; recuerda su pasada grandeza, y en pocos años sorprende en Inglaterra, en Francia, en América los olvidados misterios, fruto de tantos estudios y trabajos. España recobra todo el tiempo perdido.

¿Y qué otra cosa podía suceder? Sigamos por un instante el estudio de sus costumbres impregnadas de actividad y de poesía en todas las clases de la sociedad española. ¿No está por ventura predestinada á compartir con las demás naciones civilizadas el cetro de la inteligencia? ¿No es un país opulento con sus recursos naturales? ¿No vive animado por los dos elementos que sostienen al mundo, la religión y el amor?

¿No se entusiasmó Lord Byron con el pueblo de Cádiz, ese tipo de elegancia y de gracia, que retrata á toda la España?

Oigamos al poeta inglés:

«¡Cádiz! ¡Encantadora Cádiz! ¡Maravilla de la creación! La hermosura de sus calles y de sus casas solo cede á la gracia de sus habitantes, pues á pesar de mis preocupaciones nacionales, debo confesar que las mugeres de Cádiz sobrepujan en belleza á las inglesas: son las verdaderas magas de España.»

Penetremos un poco mas en el corazón del pueblo, y examinemos en las diversiones y fiestas que lo animan, en sus bailes, en la poesía de sus canciones vulgares, en su movimiento intelectual, en sus éstasis religiosos y en la embriaguez de sus amores, si es este el pueblo apático, descuidado, soñador ó inerte, que se pretende borrar del catálogo de las naciones inspiradas por el arte y que caminan á un porvenir seguro.

No; el pueblo español hará pronto que sus recursos sean explotados, porque son poderosos.

## V.

Nada hay en el mundo mas original ni mas pintoresco que la feria de Mairena: á ella acude media España, ansiosa de los placeres que va á gozar la multitud que se aglomera é invade la Andalucía en abril, desde el Genil hasta la frontera de Portugal, y desde Sierra-Morena hasta Tarifa y Málaga. ¡Ah Mairena! esclama un poeta, ¡Mairena del Alcor! Recuerdo el día en que llegué de Sevilla á la rica y espléndida feria!

En dicha feria, en esta fiesta popular, la Andalucía es la reina de España, la diosa de los placeres, y las jitanas sus sacerdotisas.

¿Y cómo se quiere que este pueblo, lleno de sávia y de vida, no llegue á los mas altos grados de la civilización, cuando es artístico hasta en sus bailes nacionales? Sí: bajo esos piés que hieren cadenciosamente el suelo, saldrá una legión de iniciados, que sabrán inspirarse, y harán que la materia obedezca á sus inspiraciones. ¿Cómo puede dudarse de los progresos de una nación, cuyos iniciadores, *Dios y el amor*, le han impulsado á acometer tantas proezas?

Sus bailes son árabes y americanos: los verdaderamente españoles son la jota de Aragón y la de Navarra: los americanos tienen una dejadez seductora y libre, revelan toda la pasión sin pudor, y constituyen una languidez y abandono inspirados por la dominación y la conquista.

Peró los bailes moriscos son los mas vivos y deliciosos que se conocen; el sol de la Arabia los anima y exalta, y su ardorosa brisa, que murmura sueños mágicos, envuelve el alma, al contemplarlos, en una embriaguez poética, haciéndola sentir todos los perfumes de las orillas del Guadalquivir pobladas de naranjos.

En el duelo de amor del baile morisco, hay todo un drama, porque cuando el *Jerezano*, por ejemplo, provoca á la *Perla* ¿quién sabe adónde se detendrá esta provocación? ¿Cuál es el término de una fascinación tan singular? ¿Cuánta voluptuosidad en el movimiento de los brazos! ¿Cuánto abandono en las miradas! ¡Cuánto fuego en los corazones!

Peró no bastan dos actores para ese drama; la multitud los rodea y los acompaña con sus simpáticas emociones, y entanto que los bailarines se provocan, canta ella lo siguiente:

Toma, niña, esa naranja,  
Que la cogí de mi huerto;  
No la partas con cuchillo  
Que mi corazón va dentro.

Es imposible que un pueblo semejante no sea un pueblo privilegiado.

Unas cuantas palabras añadiremos. ¿Cómo se pretende que no hierva de inteligencia y sea enemiga de las artes una nación, en que el romance morisco se desliza en todos los corazones y cerebros, lo mismo que la brisa en la serranía de Ronda y en las tierras de Medina y de Jerez?

Allí encontrareis mezcladas á la Andalucía y á la Arabia, fanatizadas ambas por el placer, y coquetamente inspiradas: allí escuchareis una poesía que se eleva hasta el ritmo divino, y entre sus estrofas bíblicas, la alegría de sus cadencias que todo lo hacen olvidar; todo, hasta la idea de la existencia, hasta la sensación del temor mas legítimo.

## EL RUBIO DE NAMUR.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR ENRIQUE HISCHOCKE,

y vertida directa y libremente al castellano

POR SANTOS FERNANDEZ LINARES.

CAPITULO PRIMERO.

Por los años de 1690-1691 vivía en la hermosa ciudad de Namur (Flandes), en el mayor retiro y recogimiento, cierta anciana viuda, de cuya oscura existencia nadie habria tenido noticia, á no ser por la frecuencia con que se dejaba ver en la parroquia de Nuestra Señora, adonde solía asistir diariamente á misa, ó bien en la pequeña tienda de sedería y encajes, que su cara mitad, Mr. L' Blond, le dejara en usufructo al tiempo de su fallecimiento. Y aun con eso tal vez hubiera muerto tan desconocida como vivió la mejor parte de su edad, si no le hubiese favorecido la Providencia con un hijo, que por su rara hermosura vino á llamar sin apercibirse de ello la atención de la mas bella mitad del vecindario. El jóven L' Blond reunía á sus raras dotes físicas un carácter asaz bondadoso y apacible y una singular modestia; y si bien aun contando ya veinticinco años no llevaba jamás ni blanca ni negra en el bolsillo, no por eso dejaba de ser el muchacho mas gallardo en treinta leguas á la redonda. Esto no le aquejaba sin embargo en manera alguna, porque su madre le habia educado muy cristianamente, acostumbrándole desde niño á ser prudente y moderado en sus deseos.

Sabido es que en la época á que nos referimos era de rigor en los jóvenes gastar peluca y ceñir espada, si habian de contarse entre el número de los elegantes; pero la señora L' Blond se desentendió de tal usanza, creemos que por economía, pues según aseguraba constantemente, nada habia heredado de su difunto sino la humilde tiendecita de sedas, y el comercio de estas apenas le producía lo bastante para subsistir con algun decoro. Por manera que al jóven L' Blond no le quedaba otro arbitrio que usar la vara de medir en vez de la espada, y dejar crecer sus rizados cabellos de color de oro, para subsanar el defecto de la peluca, cuya circunstancia, lejos de hacerle desmerecer para con el bello sexo, hubo de caer tan en gracia, que á poco no se le conocía ya en toda la comarca sino por el nombre de el *Rubio de Namur*.

Bueno será decir sin embargo, á fuer de imparciales y exactos cronistas, que L' Blond se cuidaba muy poco de semejantes bagatelas, considerándose como uno de tantos entre sus coetáneos, sin echar de ver el encanto que su penetrante mirada producía en sus conciudadanas. Estaba acostumbrado desde pequeño á que le tratase con afabilidad el bello sexo, y no le causaba por tanto estrañeza alguna continuar mereciéndole el mismo afecto cuando jóven; así es que nunca le ocurrió reflexionar sobre la causa de tales atenciones. Verdad es que de entre las bellas que frecuentaban su tienda nunca faltaba alguna que le hiciese sus largos y animados diálogos, tal vez por casualidad, pues los tintes de las sedas y el punto de los encajes no dejan de ofrecer á una señora gran motivo de conversacion; mas L' Blond nunca lo atribuía sino al afán de hablar de que vulgarmente se cree devorado al bello sexo, y al indecible placer que le proporciona la satisfacción de tan desordenado apetito. Si una ú otra al tocar su delicada mano con la del Rubio en muestra ordinaria de afecto, la estrechaba mas de lo regular, creyendo tal vez era alguna amiga, L' Blond no hacia tampoco caso alguno de ello, pues con su natural candor lo achacaba á un exceso de afabilidad que procuraba siempre pagar con delicadas atenciones, sin llevar mas adelante el pensamiento.

Si es difícil que el amor y el dinero puedan estar mucho tiempo ocultos, á dar crédito al antiquísimo adagio que esto dice, también pudiera asegurarse lo mismo de la hermosura; porque la fama de nuestro héroe cundió tan pronto por toda la ciudad, que la tienda de L' Blond vino á ser en poco tiempo la mas de moda de todo Namur; á menos que esto consistiese en la buena calidad de los géneros, de que se hallaba en verdad medianamente provista. Pero el hecho es que en todo el día se veía libre de muchachas que se disputaban con calor la preferencia en el turno, concurriendo á ella hasta las hijas de las primeras familias de Namur. Por lo que se oía sin duda decir de vez en cuando á la señora L' Blond: «Ves, hijo mio, el cielo bendice y premia nuestra piedad, aplicación y honradez, y debemos darle mil gracias por ello.» Y el hijo correspondía fielmente y con visibles muestras de emoción á tales insinuaciones.

Semejante bendición divina era no obstante un tanto caprichosa á juicio de Mad. L' Blond, pues mas de una vez observó que solo tenia lugar cuando su hijo se hallaba al mostrador. Costábale en verdad cuando se hallaba sola gran trabajo reducir á la razón á las parroquianas, y no era raro verlas indisponerse con ella por la carestía de los géneros, al paso que nunca les parecia excesivo el precio que les ponía el hijo, siendo así que la una y el otro se regian con toda exactitud por una misma tarifa.

Convencida la señora L' Blond de la poca ó ninguna falta de su presencia en la tienda, llamó un día á su querido hijo y le dijo: «Conozco que no sirvo ya para continuar en el comercio; soy una pobre anciana, débil y regañona, y á duras penas puedo entenderme con los parroquianos. Tú eres jóven y sabes espresarte tan bien y aun mejor que un barbero; por lo que he determinado retirarme completamente del comercio, y que me sustituyas en las tareas que me han agobiado por muchos años. He trabajado mucho, y ahora te toca á ti hacer lo mismo. Busca pues una buena compañera que te ayude á conllevar las penalidades de esta miserable vida, y véate yo bien establecido antes de que el último sueño cierre para siempre mis ojos.»

Nada tuvo que oponer Mr. L' Blond á tan prudente razonamiento, y convencido por la experiencia, del respeto que se merecía la antiquísima costumbre de tomar estado á cierta edad, se convino desde luego en buscar una esposa, aunque sin cuidarse mucho de su objeto.

## CAPÍTULO II.

En que se da cuenta al lector de lo apurado que se vió el Rubio para la eleccion de esposa.

Un tanto pensativo y cabizbajo anduvo L' Blond mas de una semana ocupado sin cesar en la solucion del problema que á su buena madre le plugo proponerle; hasta que cansado ya de tan enojosa tarea, se acercó por fin á ella, y hubo de preguntarle:—Y á quien he de elegir por esposa?—Ese negocio déjalo á mi cuidado, contestó la madre, que yo sé muy bien lo que te conviene.—Te parece, mamá, que solicite la mano de mi prima María? Bien sabes que el tío me dijo hace ya tiempo que parecíamos nacidos el uno para el otro. Es una muchacha muy virtuosa y económica, y á la verdad que no dejo de profesarle algun cariño; pues sabes que jugamos juntos cuando niños, y siempre nos aveníamos perfectamente, y no creo que como esposos nos sucediese lo contrario. El tío me habló tambien de ello hace pocos dias, y casi me dió á entender que seria muy gustoso con tal union.—Ni mas ni menos me indicó á mí, contestó Mad. L' Blond, la última semana. Pero, hijo mio, semejante boda no te conviene en manera alguna por mas de cien razones: te diré solo seis, y habrás de convencerte. Ya sabes que tu dichoso tío apenas hacia caso de nosotros cuando era escasa la parroquia de nuestra tienda, y que solo se ha vuelto cortés desde que nuestro comercio se ha aumentado, merced á los especiales favores que de algun tiempo acá nos dispensa la divina Providencia; y así es que no me fio de su aparente amabilidad. Cierzo que María es muy buena muchacha, muy hacendosa y económica; pero tambien lo es que no tiene sobre qué ceirse muerta, como suele decirse, y un comerciante nunca debe preguntar cómo es la novia, sino cuánto tiene. Ella no tiene un cuarto ni tú tampoco; y cero multiplicado por cero solo produce cero. En tercer lugar, sois primos carnales, y las leyes divinas y humanas prohiben absolutamente el matrimonio entre parientes tan próximos; pero aun cuando así no fuese, jamás consentiría yo en ello. Además...—Basta, basta, mamá, exclamó el Rubio interrumpiéndolo á su madre, sin duda para evitar el diluvio de razones que parecia dispuesta á alegar. No hay por qué desazonarse: no ha sido mas que una idea que me ocurrió casualmente; pero si te desagradó, nada se ha perdido; buscaremos otra y punto redondo.

Vivia en Namur por aquel tiempo un rico cuchillero, llamado Mr. Paulet, el cual tenia una hija, cuyas mayores perfecciones consistian en la falta de un ojo, que hubo de perder, segun aseguraba con toda formalidad el padre, de resultas de unas viruelas en extremo malignas, que atacaron á la chica siendo todavia muy niña, y de lo cual conservaba en verdad inequívocas señales en todo su cuerpo, y en una prominencia sobrada notable que ostentaba en las espaldas en defecto de otras gracias, y que parece fué debida á un descuido de la niñera encargada de su custodia durante su primera infancia. Por lo demás, si prescindimos del color cetrino oscuro que animaba su rostro, y de alguna que otra pequeña irregularidad de sus formas, la jóven Paulet hubiera podido pasar por una muchacha regular; y á fé que no lo habrian faltado adoradores, pues su padre era el primer cuchillero de la ciudad, y semejante industria, sobre estar muy en boga en aquella época, era tambien muy productiva.

Mad. L' Blond, que como hemos visto, solo deseaba el bien de su hijo, despues que se hubo asegurado de que la señorita Paulet podia aportar una pingüe dote al matrimonio, se dió el parabien de tan acertada eleccion, y ajustó la boda con el padre, quien entró de muy buen grado en ello, puesto que á pesar de la aficion que por entonces tenian tambien los jóvenes al dinero, y de la fama de rica de que gozaba su hija, aun no se le habia hecho proposicion alguna sobre su mano; y la muchacha hubo tambien gran placer en tal propuesta, y aun se sabe que subió á tal punto su rubor al comunicarle semejante nueva, que se puso enteramente verde. Esto no tenia nada de extraño, si atendemos á que era la primera vez que se veia solicitada de un muchacho, por mas que no faltase quien decia que la hija de Paulet pasaba ya de los veintiseis años.

Pero no sucedió lo mismo á Mr. L' Blond cuando le hizo saber su madre el buen resultado de sus desvelos, pues nuestro jóven pareció por un momento como fascinado por el fantasma de una horrible pesadilla. Mas luego que se hubo repuesto un tanto de su estupor:—Mira, mamá, tú me aseguraste que por mas de cien razones no me convenia contraer matrimonio con mi prima; pues yo tengo doscientas para no aceptar la boda que me propones. Yo no puedo en manera alguna casarme con la señorita Paulet: primero porque solo de pensar en ella me da calentura, segundo náuseas, tercero vahidos, cuarto convulsiones, quinto...—Basta, basta, exclamó á la vez la viuda al oír el torrente de razones que parecia dispuesto á correr de los labios de su hijo, y que ella no queria escuchar. Hablas como un sangrador y no como un comerciante. Pero ven acá, hijo mio, tú no tienes en cuenta el gran porvenir que puedes prometerte de semejante boda. Estoy segura de que á considerar como yo lo mucho que podríamos adelantar en nuestro comercio con la dote de la señorita Paulet, no te opondrias de ese modo á mi propuesta.

Varias fueron las veces que se vió á la madre y al hijo ajustar las cuentas de las ventajas que en sentir de la primera eran consiguientes á tal union, y sin embargo nunca se hallaba el hijo conforme con el saldo, sin que sea necesario añadir cuántas desazones no sucederian entre la una y el otro con tal motivo. La viuda insistia con teson en su empeño, y el huérfano ni mas ni menos; de cuyas resultas se fué agriando cada vez mas el carácter de la primera, y trocándose en melancolia la jovialidad natural del segundo. Así es que á pesar del intenso frío que se dejaba sentir por entonces, pues era lo mas crudo del invierno, nuestro Rubio gustaba mas de pasear por el campo que de asistir al despacho de las sedas, donde se veia precisado á sufrir mal de su grado la impertinente argumentacion de su buena madre; y si no hubiese sido por el gran amor que le profesaba, acaso la hubiera abandonado con tal de no oír hablar mas de la dorada novia, pues mas de una vez estuvo ya muy cerca de hacerlo.

## CAPÍTULO III.

En que se da conocimiento de una aparicion que nada, tiene de fabulosa. No lejos del sitio que ocupaba Mr. L' Blond en la iglesia de Nuestra Señora, adonde ya sabemos que acostumbraba á oír

misa, se encontraba arrodillada en un dia del mes de febrero una graciosa jóven. Vestia un elegante aunque sencillo traje de camino, que dejaba ver un esbelto y delicado talle, velando su gracioso rostro y negra cabellera, una mantilla clara de finísimo encaje salpicado de mosquetas de oro. Pendia de sus blancas y torneadas manos un pequeño rosario de coral de sutil engarce, cuyas cuentas se le veia recorrer con tanta prisa, que á juicio de cualquier curioso observador, revelaba ó gran vivacidad, ó poca devocion en la jóven. Y es lo cierto que mas que del rezo parecia curarse del apuesto mancebo que tenia á su lado, ya que mas de una vez se dirigieron sus hermosos ojos hácia el sitio en que L' Blond se hallaba. No dejó de notar este la curiosidad de la devota; pero se hallaba tan preocupado de continuo con la fatal idea de la empeñada boda, que no se cuidó mucho de examinar las facciones de la extranjera, un tanto oscurecidas por el encaje que las cubriera, sino que desde luego creia de buena fé que tanto ella como cualquier otra muger, seria siempre mejor que su futura Paulet; lo cual no podia menos de acrecentar su pena.

Concluido que se hubo la misa, salió L' Blond del templo, y no pudo menos de observar que la desconocida trocó algunas palabras con otra señora que estaba á su lado, y que ambas se apresuraron á imitar su ejemplo. Dos caballeros que habian permanecido entre tanto junto al cancel se adelantaron, y despues de haberles ofrecido el agua bendita, les ayudaron á subir en uno de dos coches que se hallaban al efecto en la puerta, montando ellos en el otro.

Nada de esto dió sin embargo que pensar á L' Blond, sino que debian ser unas grandes señoras; pero sí le sorprendió sobremanera encontrarse de nuevo con la misma aparicion en el puente de Sambre, por donde paseaba al siguiente dia, para dar sin duda rienda suelta al mal humor que con frecuencia le aquejaba, desde que su madre entabló el proyecto del consabido enlace.

Ocurrióle subir al castillo, y al pié de la montaña vió por segunda vez á los dos caballeros que acompañaron el dia anterior á las desconocidas, y los dos carruajes en que subieron al salir de la iglesia. Al llegar á la segunda revuelta de la rambla que costea el monte hasta la ciudadela, se encontró frente á frente con la jóven de la negra cabellera, que no pudo menos de conocer al momento, porque á mas de llevar el mismo traje, iba cogida del brazo de la otra señora de que se deja hecho mérito. Bajaban despacio y mirando cuidadosas en su derredor, como encantadas del sorprendente paisaje que desde aquel punto se presenta á la vista del viajero, puesto que desde él se descubre toda la ciudad, situada entre dos montañas y costeadas en sus vallados por el Sambre, que pasa despues á confundirse en el Mossa, cuyas aguas besan respetuosas los muros de Namur. Mas al encontrarse sus miradas con las del mancebo, hubo sin duda de cuidarse poco de la pendiente del camino, y dió á rodar por él, largo trecho, lanzando un sentido ¡ay! de estremecimiento y dolor á un tiempo. Nada mas natural sino que nuestro Rubio, testigo presencial de tan desagradable incidente, volase en socorro de la bella desconocida, como así lo hizo en efecto, precipitándose con la velocidad del águila en el fondo ó meseta del recodo, y alzando entre sus robustos brazos el delicado cuerpo de la extranjera. Luego que esta se hubo repuesto un tanto del sobresalto y dolores consiguientes á tan imprevisto y rudo suceso, ofrecióle respetuosamente el Rubio su brazo y compañía, que aceptó de muy buen grado y sin dejarse instar segunda vez la dolorida dama. Un si es no es embarazado vino á encontrarse el cortés mancebo al emprender de nuevo la interrumpida marcha, por no saber qué conversacion entablar, apuradas las primeras palabras que la urbanidad exige en tales casos, y las que su compasion pudo inspirarle; pero la extranjera no le hizo pensar en ello mucho tiempo, tomando á poco la iniciativa en la demanda, segun nos dice el verídico narrador de estos sucesos, quien al descuido ó con malicia, omitió apuntar las razones del diálogo dulce y sostenido que se entabló entre ambos, y que á poco vinieron segun parece á interrumpir los dos caballeros que el Rubio encontró al pié de la montaña, cuidadosos de la tardanza de las damas. Empero es cosa averiguada que en la tarde del mismo dia se vió á Mr. L' Blond en la fonda de los caballeros preguntando por la habitacion de la señora condesa de San Silvan, y que despues de haberse esta quedado con dos cajas de blondas que le presentó el jóven, y satisficéchole su importe sin reparar en el precio, se anudó el interrumpido diálogo, que entrambos supieron sostener con la misma animacion que en la mañana; y aunque sintamos no poder decir tampoco las palabras que entre uno y otro se cruzaron, puesto que al cronista le plugo ni mas ni menos pasarlas en silencio, se les oyó hablar por fin en estos ó parecidos términos.

—Creo me dijisteis hace poco que nunca habeis salido de Namur.

—Cierzo, señora.

—¿Y no os pesaria viajar?

—Tendria sumo placer en ello.

—Pues bien, desde ahora podeis quedar á mi servicio: haré que mi esposo el conde os nombre su secretario, lo seréis mio, y podreis acompañarnos á las principales ciudades de Francia, que pensamos recorrer. Por lo que hace al sueldo que se os señale, os aseguro no quedareis de contenido, y siempre os proporcionará mas ventajas que vuestro comercio.

L' Blond quedó suspenso un momento, como seducido no se sabe si por el encanto de la dulce voz de la extranjera, ó por lo estrana y ventajosa que pudo parecerle semejante proposicion; pero al cabo se le oyó decir:

—Agradezco en extremo la singular merced con que quiere honrarme la señora condesa, y siento no poderla aceptar; pero ya os he dicho que tengo una madre anciana, á quien no me es dado abandonar.

—No creo que mi proposicion os impida favorecer á vuestra madre (tanto y aun mejor que hasta aquí lo habeis hecho, repuso la de San Silvan.

—Sin embargo, tendria que separarme de su lado, y la pena que esto le causaria tal vez acortaria su vida.

—Podeis hacer lo que mas os plazca, contestó con despecho la condesa.

L' Blond se inclinó respetuosamente, y se dirigió hácia su casa, meditando sobre cuanto acababa de sucederle. Verdad es que habia jurado mas de una vez en su interior correr

mundo, como él decia, antes de tomar estado, y tambien que le habia causado muy profunda y grata sensacion las dulces palabras de la condesa, que no podia menos de comparar insintivamente con la gangosa y desapacible voz de la señorita Paulet; pero amaba demasiado á su madre para decidirse tan pronto á separarse de ella.

Preocupado con el recuerdo de la entrevista que acabamos de referir, apenas descansó en toda la noche. Levantóse mas temprano que de costumbre, y dirigiéndose al aposento de su madre, le dijo:

—Ya sabeis, mamá, que de algun tiempo acá siento vivísimos deseos de correr mundo; y ninguna ocasion me parece mas oportuna que esta para satisfacerlos, antes de tomar estado.

—Eres caprichoso y antojadizo, si los hay, contestó Madama L' Blond. Puedes hacer lo que gustes; pero antes es preciso que realices tu matrimonio con la señorita Paulet.

—Imposible, mamá, imposible. Tengo el sentimiento de no convenir con usted en eso, como ya le he manifestado repetidas veces.

—Y sin embargo, repuso la madre, es fuerza que así sea, no solo por lo mucho que te conviene, sino porque tengo empeñada en ello mi palabra, y no puedo dejar de cumplirla; además de que tal es mi voluntad, y á tí no te toca sino obedecer.

—Repítoos, mamá, que no puedo aceptar tal compromiso, y que si insistis en semejante empeño, me pondreis en la dura necesidad de tomar una resolucion que quisiera evitar á toda costa.

—Puedes marcharte cuando quieras, hijo ingrato y desobediente, se apresuró á responder la madre, pudiendo apenas reprimir la cólera que le produjera tan fuerte resistencia; pero antes ó despues, repito que ha de ser, porque yo lo mando.

Arrepentido ya el Rubio de haber desperdiciado la buena ocasion que le proporcionara la entrevista del dia anterior, y aguijoneado por la incomodidad del momento, corrió en busca de su protectora, decidido á tomar el partido con que le brindó el dia anterior. Pero la condesa habia ya marchado de Namur, segun le aseguraron en la fonda, y hubo de volverse á su casa mas despacio que saliera, pensando en la manera de contrarestar la funesta resolucion de su madre.

## CAPÍTULO IV.

Guerra y muerte.

No tardó muchos dias nuestro jóven en dar completamente al olvido los recuerdos de la extranjera que le angustiaran en los primeros; pero no sucedió lo mismo á Mad. L' Blond con su proyecto de boda, puesto que no desperdiciaba la menor coyuntura de insistir en ello, confiada en vencer la obstinada resistencia de su caro hijo. Y como, gracias á la divina Providencia, nada hay mas flexible que la naturaleza humana, se acostumbró tanto este á oír hablar del asunto, que no le causaban ya mella alguna las reconvecciones y repetidas instancias de aquella, contentándose solo con decir siempre no, y rehuyendo toda disputa.

Es cosa harto sabida que á Luis XIV, que á la sazón regia los destinos de la Francia, se le metió en la cabeza ser un gran hombre de grado ó por fuerza, y que llevó este empeño á tales términos, que no solo se persuadió él de ello, sino que lo hizo tambien creer al vulgo de su época, y decirse aun á personas notables, que no se desdenaron mucho de ello, toda vez que no podia costarles gran trabajo halagar las pasiones y caprichos de un amo que contaba con mas de cien mil arcabuces, mosquetes, picas y alabardas. Y tambien se sabe que en 1692 se presentó con una formidable hueste ante los muros de Namur, que despues de haber recibido en su recinto algunos quintales de pólvora, hierro y plomo, y perdido buena parte de su guarnicion por espacio de ocho dias, se puso en manos del vencedor, entregándose á los veintidos la ciudadela, cuyo acontecimiento causó tal sensacion á la viuda, que le costó la vida. (Continuará.)

## SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

Se ha repartido el núm. 1.º de 1852, que contiene lo siguiente:—*La primera misa en América*, con una lámina por el señor Sierra.—*La minoria de Carlos II* (historia anecdótica), por don R. de M. Romanos.—*Un procurador ó la intriga honrada*, artículo inédito, de don Mariano José de Larra (Figaro).—*Idilios*, por don Rafael María Baralt.—*Iglesia de Arriaran en Guipúzcoa*, grabado de los señores Tomé y Redondo.—*En un album*, por don Manuel Cañete.—*El tigre y la zorra*, leyenda tradicional por Ceferino Suarez Brabo.—*El descanso del pescador*, lámina de los señores Porto y Fernandez. El dia 10 aparecerá el primer número de LA MODA con un figurin grabado en acero é iluminado, este periódico se da gratis á los suscritores del SEMANARIO. Rogamos á los de LA ILUSTRACION que examinen los números de estas dos publicaciones.

## ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

## PISTOLA.

A la simple inspeccion de nuestra bella lámina, comprenderán los lectores la preciosidad de esta arma, notable por la riqueza y el buen gusto de los adornos que la rodean, tal vez con excesiva profusion: como quiera que sea, es lo cierto que ningun otro objeto análogo escudia en belleza y magnificencia á la pistola española que reproducimos con toda exactitud.

## CUCHILLO DE MONTE Y ESPADAS.

Toledo, la imperial Toledo, tan famosa en todos tiempos por su fábrica de armas blancas, ha conseguido tambien, en el certámen colosal de Londres, consolidar el renombre de que está en posesion siglos hace; ningun país ha presentado productos que escedan á los toledanos en el buen temple del acero, ni aun en la conclusion y riqueza de sus adornos; el cuchillo de monte, la empuñadura y los cabos de espada, y sobre todo la enroscada que aparece en la plana diez y seis de este número, llamaban extraordinariamente la atención de los visitantes del Palacio de Cristal.

DAGA DE TOLEDO.

Esta hoja histórica se ha espuesto en el Palacio de Cristal en la parte exterior de la seccion Española.

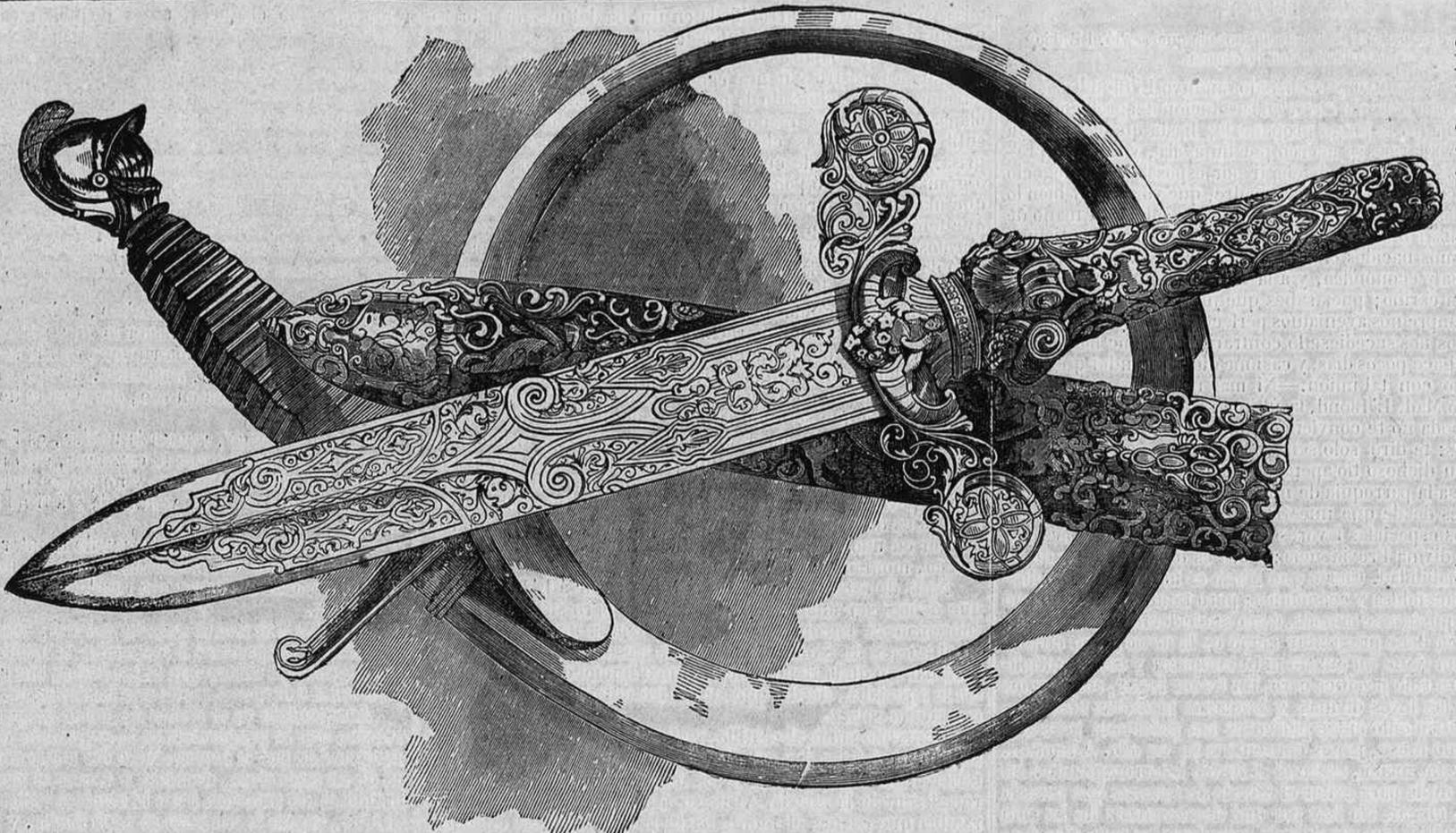
Todas las de Toledo tienen una fama antiquisima, y se supone que su superioridad es debida á alguna propiedad particular de las aguas del Tajo.

Mr. Inglis, en su obra intitulada *La España en 1830*, hace la descripción de las pruebas á que se sujetan todas las hojas en la célebre fábrica de armas de Toledo. Se doblan dichas hojas en forma de arco, hasta que llegan á la inclinacion de tres cuartas partes de círculo cuando menos, y despues las sacuden contra una mesa de plomo con toda la fuerza de un hombre robusto. Luego las pulimentan y quedan admitidas como buenas.

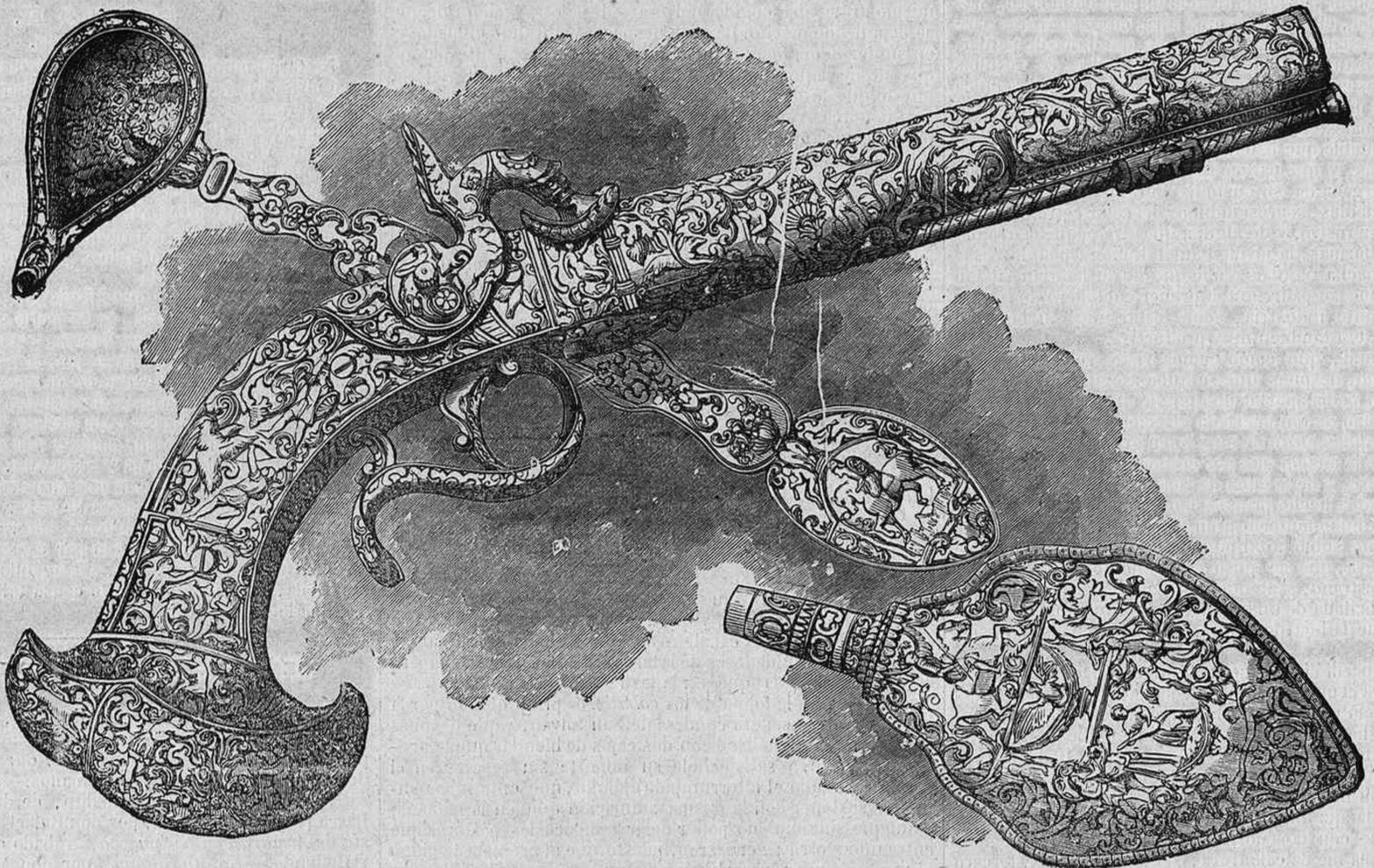
Fenómenos engañosos.

¡Ilusion de las ilusiones! Ignoro si algun profeta se ha lamentado en estos términos: en todo caso, lo único que puede sucederme es pasar por plagario. ¿Hay alguno que no lo sea hoy?

Hasta hace poco conservaba una ilusion: creia en los hombres de cien años, y sobre todo en Kolombeski.



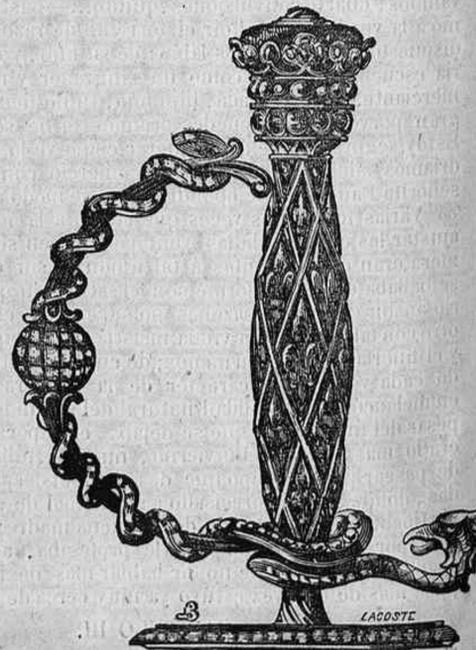
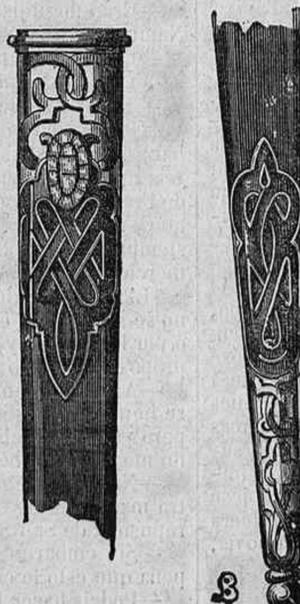
Espada y cuchillo de monte españoles.



Pistola española.



Daga española.



Espada española.

Tenia en mi cuarto una coleccion de ancianos, desde Matusalen, que vivió ochocientos once años, hasta el viejo inválido polaco que solo llegaba á los ciento veinte y siete, pero que su revelaba en su fisonomía que viviria muchos mas.

Su retrato estaba á la cabecera de mi cama, y todas las noches me lo proponia por modelo, porque tambien abrigaba yo la loca pretension de vivir mas de cien años y ser tenido por una curiosidad monumental.

Visitaba diariamente el cuartel de Inválidos para hablar con un polaco de ciento veinte y siete años; y al preguntarle qué régimen debía observar para conseguir una longevidad tan larga, me contestaba que lo primero era beber en su compañía un vasito de aguardiente. Despues me referia las batallas de Federico de Prusia, en que él habia figurado, y otros muchos sucesos históricos muy remotos.

El inválido acaba de morir, y se ha descubierto... que la fe de bautismo que á todos enseñaba era la de su padre...

Ya no creo en las edades; pero escceptuo de esta regla las de las mugeres, que nunca piensan en envejecer.